

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS



EL MILAGRO DE LA FE



Hobart Bosworth
Sylvia Sydney
Chester Morris
Boris Karloff



EL MILAGRO DE LA FÉ

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMON SALA VERDAGUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALAN
ADMINISTRACIÓN. REDACCIÓN Y TALLERES
Calle Valencia, núm. 234 - Apartado Correos 707 - Barcelona
AGENTE DE VENTAS
Sociedad General Española de Librería - Barbará, 16 - Barcelona

EDITORIAL
"ALAS"
Publicación semanal

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

EL MILAGRO DE LA FÉ

Nuevamente el cine sonoro nos trae a la pantalla aquel asunto que en el mudo, llamó la atención de todos. Al adquirir el valor de la palabra, la emoción, el misticismo y la sublimidad de este argumento llega más al corazón del espectador y ante él sentimos que el alma se eleva a horizontes más altos, sintiéndonos embargados por la espiritualidad que de cada una de sus escenas se
: : : : : desprenden. : : : : :

PRODUCCION

DIRECTOR:
M. J. MESSERI



Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Teléfono 70657 - BARCELONA.

PRINCIPALES INTÉRPRETES

Elena	SYLVIA SIDNEY
Juan	CHESTER MORRIS
Bobbie	ROBERT COHOGAN
El «rana»	John Wray
Harry	Ned A. Sparks
El Patriarca	Howard Bosworth
Roberto	Lloyd Hughes
Margarita	Virginia Bruce
Nikko	Boris Karloff

DIRECCIÓN DE
Norman McLeod

ADAPTACIÓN DE
Waldemar Vonug

— ARREGLO LITERARIO DE —
MANUEL NIETO GALAN

EL MILAGRO DE LA FÉ

ARGUMENTO DE
DICHA PELÍCULA

5

FESTEJOS EN EL BARRIO CHINO



ELEBRÁBASE en el Barrio Chino de Chicago grandes festejos populares y todas sus calles estaban adornadas con colgaduras y emblemas orientales, mientras que por todas partes cruzaban bandas de música improvisadas por los hijos del Celeste Imperio, tocando piezas de la lejana patria.

La animación era extraordinaria y no solamente formaban la concurrencia chinos, sino que entre ellos había gran número de americanos y no pocos turistas llegados en aquellos días para asistir a las célebres fiestas que se celebraban.

Los balcones de todas las casas

aparecían llenos de curiosos, mientras que por la vía pública cruzaban automóviles cuyos ocupantes iban descendiendo para inmediatamente elegir un sitio desde donde poder presenciar cómodamente el desfile que había de tener lugar.

El ambiente se prestaba maravillosamente para que los rateros y maleantes pudieran maniobrar a sus anchas y ya algunos de los curiosos empezaban a darse cuenta de la presencia de esta clase de sujetos, cuando un hombre se acercó a un pobre tullido que pedía limosna y le arrojó sobre el sombrero que tenía colocado en la acera varios relojes y monederos.

El pobre en cuestión ofrecía un

aspecto verdaderamente lastimoso. Una pierna encorvada sobre la otra y con un brazo torcido, tenía que estar continuamente arrojado en el suelo y para trasladarse de un sitio a otro tenía que hacerlo necesariamente arrastrándose como un reptil.

Su rostro de barba descuidada y poblada y sus ojos hundidos dábanle aun mayor aspecto de pobreza y los transeúntes, al cruzar ante él no cesaban de arrojarle monedas que él iba guardando a medida que caían en el sombrero.

Cuando el individuo que se acercó a él y le arrojó el producto de su rapiña, el tullido ocultó inmediatamente todos los objetos y se decidió a cruzar la calle de un extremo a otro, sin importarle el peligro que representaba en aquellos momentos.

Arrastrándose por el suelo y sirviéndole de apoyo la única mano que podía utilizar llegó casi hasta la acera de enfrente al mismo tiempo que un automóvil avanzaba, amenazándole con atropellarlo. Cuantos lo vieron presintieron el accidente y gritaron asustados. Sin embargo, el chófer, demostrando una pericia extraordinaria, paró el vehículo cuando ya las ruedas delanteras estaban a punto de alcan-

zar al paralítico y acercándose a él le dijo:

—¡De buena te has librado, amigo!

Del interior del coche bajaron varios caballeros y mujeres y entraron en la casa en cuya puerta había parado el coche. Subieron inmediatamente por la escalera que conducía al primer piso y una vez dentro, el que parecía servir de guía a los demás, les dijo:

—Aquí podrán ustedes contemplar el desfile desde el balcón.

Los que le seguían se adelantaron un poco hacia el interior de la habitación, mientras que el guía seguía diciéndoles:

—Ocupen sus asientos en el balcón. Están ustedes en el famoso bazar chino de Loto.

Cada uno de los que formaban el grupo, en cuyo aspecto se advertía que eran gente no acostumbrada a las cosas de los chinos, fueron ocupando los asientos que habían dispuestos en el balcón, quedando únicamente retrasada una joven que iba con ellos a la que el guía le dijo:

—Si se da prisa aun hallará sitio en el balcón.

Un muchacho al ver que la joven había quedado rezagada le cedió su puesto diciéndole:

—Aquí tiene su puesto, señorita.

—No, muchas gracias—respondió ella—. Usted ha llegado primero y no es justo que le prive de ver el espectáculo.

—Yo me colocaré de pie a su lado y lo veré lo mismo—insistió el joven—. No puedo permitir que usted esté en pie mientras yo estoy sentado.

Y ante la insistencia del joven, la muchacha aceptó por fin el ofrecimiento del galante joven.

El guía llamó nuevamente la atención de todos y les indicó la calle diciéndoles:

—Ahí viene el cortejo.

En efecto, precediendo a la mascarada apareció por el final de la calle un enorme dragón formado por varios hombres que se ocultaban bajo un lienzo sobre el que se había pintado los colores del famoso dragón chino.

La animación fué entonces grande y por todas partes sonaron cohetes, la música redobló sus toques y el griterío ensordeció a los que estaban en el balcón. Mas así y todo a pesar del interés que cada uno ponía en presenciar el desfile, el joven que había cedido el puesto a la muchacha, se dió cuenta de que le querían robar y exclamó cogiendo la mano que se había introducido en su bolsillo:

—¿Con que quería robarme, eh?

Todos se volvieron al oír la exclamación del muchacho y vieron que éste sostenía por la muñeca a la joven a quien había cedido el sitio.

Se trataba de una mujer de unos veinte años, de cabello negro y reluciente, partido en dos crenchas. Sus ojos, del mismo color, aparecían oblicuamente rasgados, sin que por eso se pudieran confundir con los de las chinas. Su piel morena tenía, sin embargo, un brillo sonrosado y su boca, débilmente retocada con el carmín parecía una rosa a punto de abrirse. En su mirada triste, como la del ser que sufre una gran pena interior y en sus ademanes cohibidos nadie hubiera podido sospechar que aquella persona fuera capaz de cometer un acto delictivo como era el de robar.

Llevándola siempre por la muñeca se apartó el joven del balcón y la obligó a sentarse en una silla en el interior de la habitación, mientras que ella, con la mirada fija en el suelo suspiró débilmente:

—¿Qué va usted a hacer de mí ahora?

El muchacho al advertir la amargura con que se expresaba la joven tuvo compasión de ella y le dijo, dudando de la actitud que pudiera tomar:

—No sé, todavía... Me ha sor-

prendido usted demasiado para que haya tomado ninguna resolución.

Los demás turistas rodeaban ya a la muchacha y ésta, avergonzada bajo el peso de las miradas de todos, exclamó llorando:

—No quería hacerlo... Pero estoy sin trabajo y sin dinero... No he comido en todo el día.

Ocultó el rostro entre las manos y lanzó débiles gemidos que terminaron por conmover a cuantos presenciaban la escena.

—¿Por qué no va a su casa?— le preguntó el muchacho expresando cierto interés por ella.

—No tengo casa, ni donde cobijarme—respondió la muchacha, sin dejar al descubierto su rostro, hasta que el muchacho conmovido por

la desgracia de ella, le cogió la mano y le dijo:

—Estoy dispuesto a ayudarla.

Y de los billetes que la joven pretendía arrebatarse, tomó uno y se lo entregó diciéndole:

—Aquí va un billete de veinte. Esto la ayudará algo.

— Gracias señor — respondió la muchacha regando con sus lágrimas la mano del joven—. Es usted muy bueno. El Cielo se lo agradecerá también.

Los otros turistas, todos ellos gente de dinero, siguieron el ejemplo del chico y fueron dando cada uno un billete a la joven, que apenas si podía expresar su agradecimiento, ante aquellas pruebas de piedad.

UN CRIMEN ENTRE RATEROS

Algunas horas después, en un piso del mismo Barrio Chino, lujosamente amueblado, Elena, la misma joven que había intentado robar en el balcón del bazar de Loto, echaba displicentemente sobre la mesa los billetes que había recogido y tomando un cigarrillo de una caja lo encendió y su puso a fumar distraídamente. Dió varios pasos por la habitación recorriendo con la vista toda la estancia hasta que por fin se dirigió a su dormitorio. Antes de entrar puso en marcha un precioso aparato de radio y tarareando la música que radiaban entró a su alcoba.

Una vez dentro se quitó el abrigo que aun llevaba y lo arrojó sobre la cama. Tomó después un magnífico kimono de seda y se lo puso, luego en el tocador se arregló un

poco el cabello y volvió a salir otra vez, dirigiéndose a la cocina. Abrió el armario repleto de viandas y bebidas y cuando iba a coger una botella sonó con insistencia el timbre de la puerta.

Guardó inmediatamente la botella y paró la radio antes de abrir. Ocultó el cigarro que llevaba en la boca y abrió la puerta, apareciendo en el dintel el individuo que servía de guía a los turistas en casa de Loto.

Al ver a la joven sonrió burlescamente y le dijo:

—Muy bien, muy bien, pequeña Kid. Hoy te has portado admirablemente.

Llamaba a Elena cariñosamente Kid, y entre los que formaban aquella banda siempre se había hecho llamar así. El recién llegado, antes

de entrar se volvió hacia la escalera y exclamó:

—Pasa «Rana», anda.

Arrastrándose por el suelo, como siempre, entró en la habitación el mismo tullido que había en la calle y que estuvo a punto de ser atropellado por el auto.

—¿No hay nadie todavía, Harry?—preguntó el tullido dirigiéndose al que le había indicado que entrase, mientras que Elena miraba despectivamente al hombre que se arrastraba.

—Todavía no ha llegado Juan—le respondió Harry, cerrando tras él la puerta para no ser molestados.

Elena sin poder apartar la vista del «Rana» le mostraba en su mirada cierta repugnancia y mucho más cuando aquél le dijo:

—Oye Kid, ¿te gusta oír las conyunturas cuando vuelven a su sitio?

Y mientras lo decía iba desdoblado, que así puede decirse, su brazo y su pierna, para darle la forma normal, al mismo tiempo que las conyunturas de los huesos al volver a su sitio producían el ruido seco de dos huesos que chocan entre sí.

Elena no pudo contener su nerviosidad y le dijo:

—Otra vez hará eso donde yo no lo vea. Me repugna este espectáculo.

Pero el tullido gozándose en la

repugnancia de la joven siguió maniobrando y diciéndole a medida que iba colocando sus miembros en buena posición:

—¿Has oído como suena el brazo?

Por fin se levantó y Harry arrojó sobre la mesa las carteras que había robado y demás objetos, diciéndole al tullido:

—Tú, «Rana», saca todo lo que te entregué y lo que has ganado.

El «Rana» arrojó también los relojes que aquella mañana le habían entregado y Harry, al ver que no sacaba nada más le dijo:

—¿Y el collar?

—Es verdad—replicó el «Rana» buscándose en el interior del bolsillo de la americana, hasta sacar un magnífico collar que echó sobre la mesa al mismo tiempo que se disculpaba diciendo:

—Estaría por dentro del forro y no me di cuenta de él.

Harry contempló todo el producto de la jornada de aquel día y exclamó riendo:

—No quedan a esta hora dos dólares en toda la calle, ni objeto que valga algo. Hay que ver al de pa-lurdos que han llegado.

Sacó del interior de las carteras cuanto contenían y entregándoselas a su compañero le dijo:

—Toma para que las devuelvas

vacías. Siempre son objetos comprometedores.

Nuevamente llamaron a la puerta y apareció un nuevo individuo, que al ver a Elena se acercó a ella y trató de abrazarla. La joven lo rechazó violentamente diciéndole:

—Conmigo nada de confianzas, Nikko.

El aludido sin importarle la advertencia de la joven pretendió nuevamente insistir y Harry lo detuvo diciéndole:

—¿Has oído lo que te ha dicho? Nada de confianzas. Deja a la muchacha tranquila y vamos a lo nuestro.

Nikko se acercó a la mesa y al ver todo lo que se había robado exclamó gozosamente:

—Ha sido hoy un día aprovechado.

Nuevamente, sin hacer sonar el timbre y valiéndose de la llave que siempre llevaba consigo, entró otro de los componentes de aquella banda de rateros. Se llamaba Juan y era nada menos que el mismo joven que en el bazar de Loto había acusado a Elena de quererle robar.

Al entrar se dirigió directamente a la muchacha y los dos se abrazaron amorosamente, mientras que Juan decía:

—Has estado admirable, Kid.

Eres una verdadera actriz. ¿Te fijaste cómo picaron los demás?

Todos se echaron a reír de aquellos infelices que habían sentido compasión por la muchacha y ésta terminó diciendo:

—Voy a cambiarme de ropa y nos iremos a cenar.

Juan, que no tenía mucha confianza en Nikko, porque había llegado a sospechar que éste estaba enamorado de su novia, le entregó unos cuantos billetes y le dijo:

—Ahí tienes tu parte, Nikko. Puedes marcharte cuando quieras.

El aludido miró agresivamente a su rival y cogiendo el dinero salió de la habitación. Cerró la puerta tras él y al verse solo se puso a mirar por el ojo de la cerradura del cuarto de Elena, donde la joven estaba desnudándose.

El mismo presentimiento tuvo Juan, de lo que estaría haciendo su compañero de raterías y abrió la puerta sorprendiéndolo en aquella observación.

—¡Ya me lo figuraba, canalla!—exclamó agarrándolo por las solapas y arrojándolo contra un tramo de la escalera.

Nikki se levantó para repeler la agresión y entre los dos hombres dió principio a una lucha cuyos resultados eran difíciles de adivinar.

Peleaban calladamente, con ese si-

lencio que ponen siempre los maleantes en sus luchas para evitar la presencia de testigos. Mas así y todo no pudieron impedir que los otros compañeros se dieran cuenta y salieran inmeditamente para interponerse entre ellos. Desgraciadamente no llegaron a tiempo, puesto que Juan de un puñetazo arrojó a su contrario contra la barandilla de la escalera y antes que pudiera aquél rehacerse le asestó otro segundo golpe que le hizo caer por el hueco de la escalera hasta la portería.

El cuerpo de Nikki rebotó contra el pasamanos varias veces antes de llegar al final, hasta que últimamente quedó inerte en el suelo.

—¿Qué has hecho, Juan?—exclamó asustada la joven, que había salido de su cuarto.

—No te apures—respondió Juan, pretendiendo tranquilizarla.

Varios vecinos que habían oído la caída ya empezaban a abrir las puertas y los rateros entraron rápidamente a su piso, donde Juan le dijo a Elena.

—Tú, así como estás, no puedes venir conmigo. No hay tiempo que perder. Cuando esté en un lugar se-

guro te daré instrucciones para que vengas a reunirme conmigo.

Rápidamente se apoderó de una maleta, metió en ella una poca de ropa y esperó escondido el momento oportuno para poder salir.

Sintieron voces de varias personas que subían y se dieron cuenta de que la policía había sido llamada. La situación iba complicándose cada vez más y el tullido fué quien dió la solución diciendo:

—Yo me encargaré de que no entren.

Adoptó en seguida la misma postura que empleaba para mendigar la caridad pública y salió al rellano de la escalera, mientras sus amigos cerraban la puerta.

La policía subió rápidamente y al encontrarse con aquel diablo uno de los guardias le dijo:

—¿Qué ha sucedido?

—Un hombre se ha tirado—respondió el tullido—. Yo estaba aquí y lo he visto caer desde arriba.

Para inquirir más detalles los policías y demás vecinos corrieron al último piso de la casa, mientras que Juan aprovechaba aquellos instantes para salir y huir del lugar del crimen.

EN MEADVILLE

Cuando se encontró en la calle su único deseo fué alejarse todo lo posible de la casa para evitar cualquier sospecha. Sin rumbo fijo recorrió varias callejuelas del Barrio Chino hasta que finalmente se encontró en el centro de la capital.

Comprendió que el quedarse en la ciudad implicaba un serio inconveniente. La policía no tardaría en saber la verdad y se le buscaría por todas partes. Lo mejor que podía hacer en aquella ocasión era huir a otra población, desaparecer por unos cuantos días o semanas de allí y cuando ya todo hubiera sido olvidado poder nuevamente seguir su vida como hasta ahora.

Sin pensarlo más llamó al primer taxi que pasó y le dijo inconscientemente:

—A la estación.

Por el camino fué pensando el lugar adonde iría. No tenía preferencias por ninguno y lo mismo le importaba un sitio que otro. Después de elegir uno y otro pueblo, terminó por rechazarlos todos y dejó que el azar lo llevase donde mejor le pareciese.

Llegó a la estación y se dirigió directamente a una de las ventanillas. En ella había un pasajero que discutía con el empleado, hasta que éste le preguntó nerviosamente:

—¿Es posible que no sepa dónde se está Meadville de California?

—Ni me importa tampoco—respondió el otro.

Juan viendo que aquel individuo no se quitaba de la ventanilla le dijo, deseando terminar cuanto antes:

—Aprisa, amigo.

El aludido se volvió a Juan y sin

dirigirle siquiera la palabra se alejó de la ventanilla al mismo tiempo que el ratero le decía al empleado de la compañía:

—Yo me quedo con ese billete a Meadville.

Pagó su importe y entró precipitadamente a la estación, acomodándose seguidamente en su departamento.

Al día siguiente, al llegar el tren al apeadero de Meadville, Juan bajó del convoy por la vía contraria adonde estaba el pueblo y durante unos segundos quedó indeciso sin saber si sería aquel o no el sitio adonde iba. Un chiquillo que había sentado en un banco se acercó a él y le preguntó:

—¿Busca usted algo?

—El pueblo—respondió Juan.

—Está al otro lado del tren—le respondió el muchacho—. Ya lo verá cuando quede libre la vía.

En efecto, al volver el tren a emprender la marcha apareció ante Juan el pequeño poblado que estaba situado a poco trecho de la estación. Al ver que solamente había allí algunas casas volvió a decirle al pequeño:

—¿Estás seguro que esto es Meadville?

—Ya lo creo que lo estoy—respondió el muchacho—. Yo mismo, si quiere, lo acompañaré al hotel.

—Pues vamos para allá—contestó Juan dejándose llevar por el chico.

Meadville era un pequeño pueblecito de la costa californiana, donde la vida transcurría monótonamente sin que ningún suceso extraordinario viniera a alterar la tranquilidad de su existencia. Allí no existía ninguna diversión y más que nada parecía un lugar propio para el recogimiento y la paz del espíritu.

A medida que avanzaba hacia el hotel, Juan iba inspeccionando el pueblo hasta que por fin llegaron a una casa con apariencia de fonda y el muchacho le dijo:

—Este es el único hotel que hay en el pueblo.

—Gracias, pequeño—respondió Juan, entrando al «hall» del mismo, donde tres hombres charlaban animadamente. El más viejo de ellos se levantó inmediatamente al verlo entrar y le preguntó:

—¿Qué deseaba?

—Necesito una habitación exterior con cuarto de baño.

—¿Es imprescindible el cuarto de baño?—preguntó el dueño del hotel.

—Sí y dése prisa, que quiero cambiarme de ropa—respondió Juan.

El dueño del hotel tomó una llave y se la entregó diciéndole:

—Aquí tiene la llave del cuarto que me pide. Es la única que hay con baño.

Juan tomó la llave y ya iba a marcharse cuando el dueño le presentó el registro de viajeros al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Es usted viajante?

—No—exclamó Juan—. Vengo aquí a darles un poco de descanso a los nervios.

Terminó de inscribirse con el nombre de Morgan y le preguntó al dueño de la fonda:

—¿Dónde puede tomarse una copa?

—En Meadville no se vende bebida en ningún sitio.

—¿Ni por prescripción facultativa?—preguntó, bromeando, Juan.

—Aquí no hay médicos, ni nos hace falta—respondió el propietario del hotel—. Nuestro médico es el Patriarca.

Juan se echó a reír y preguntó, interesado:

—¿Qué clase de timo es ése?

—Nada de timo—respondió seriamente el dueño de la fonda—. El Patriarca no da medicina... Cura por la fe.

El ratero lanzó una carcajada y le preguntó otra vez:

—¿Y dónde tiene la guarida ese hombre?... ¿Dónde vive?

—En las afueras del pueblo—replicó el dueño—. Aquí no viene nunca. Jamás se le ha visto por

aquí, desde que se fué su hermana con una niña que tenía, de algunos meses.

—Ese Patriarca, por lo menos, por la forma en que usted habla de él, debe ser un hombre muy listo.

—¡Es un gran hombre!—respondió, admirativamente, el dueño del hotel—. Un verdadero santo, que, con su fe, ha hecho curas maravillosas... Pregunte, pregunte por ahí... No hay nadie que no crea en él.

—Está bien, procuraré verle—terminó diciendo Juan, al mismo tiempo que se dirigía hacia la habitación que le había sido destinada.

Una hora después, se había ya cambiado de ropa, y, tonificado su cuerpo con el baño, salió decidido a encontrarse con el Patriarca, en la seguridad de que sería algún vivo que se valía de la fe de aquellos pobres pueblerinos para vivir a su costa. Llegó hasta cerca de la casa del Patriarca, y al verla cerrada, se dirigió hacia la orilla del mar. Sobre una peña, y en un estado de completo arrobamiento, vió la noble figura del Patriarca. Era un hombre de unos sesenta años, su cabello completamente blanco y su mirada profunda y fija en el firmamento, le daban un aspecto de ser sobrenatural, que imponía un pro-

fundo respeto aun a las personas menos creyentes.

Sus labios se movían pausadamente, pronunciando una oración, y bastaba verlo para darse cuenta de que su alma entera se elevaba en aquellos instantes hacia el Supremo en súplica piadosa.

Juan, al advertir su presencia, quedó cohibido por el misticismo de aquella figura, hasta que, lentamente, fué acercándose a él. El Patriarca, al oír los pasos cerca de sí, se volvió a mirar al joven, y éste, quitándose el sombrero, le dijo respetuosamente:

—Mi nombre es Morgan. He sufrido un colapso nervioso y he venido en busca de paz para mi espíritu y para mi cuerpo.

—Solamente El puede curar los males de la tierra—le dijo, cariñosamente el Patriarca—. Venga conmigo a mi casa y recemos con fe para que Dios le conceda la paz que busca.

Cariñosamente le tomó de una mano, y Juan se dejó conducir por aquel hombre, que tan distinto se le presentaba a como él lo había imaginado.

Después de andar unos diez minutos, llegaron a la casita que poseía el Patriarca en pleno campo, y le hizo entrar en ella, diciéndole:

—La fe es la cosa más sencilla y la más compleja. Sin fe, nada es posible, y con la fe, nada es imposible. Dios dice que la fe redime a las almas por muy endurecidas que estén, y hace brotar en ellas tallos nuevos, que dan flores de misericordia y de bondad.

»Con ella se curan los sufrimientos del alma y del cuerpo. Todos los humanos llevamos dentro de nosotros una espina dolorosa, un recuerdo triste, una pena que nos agobia, pero si elevamos nuestra mirada hacia él, su misericordia es tan infinita, tan grande, que sentimos disminuir nuestro dolor, y la bienaventuranza es nuestra compañera. Hoy en día, el mundo rueda hacia el abismo, olvidándose de lo que es la fe, pero yo, en este desierto, aislado de todos y solamente en compañía de El, he llegado a conseguir la dicha que otros no han sabido buscar, ni encontrar.

Juan le oía sin prestarle ahora mucho interés. El no creía en nada de aquello, y ya casi le pesaba el haber ido a su encuentro. El Patriarca, sin darse cuenta de la indiferencia del joven, se acercó a una Biblia y, arrodillándose ante ella, le dijo:

—Recemos con fe. Pida conmigo a Dios que le libre del mal que le aqueja, y si usted es digno de

él, su misericordia le libraré de todos los sufrimientos.

La estancia quedó envuelta en un profundo silencio, y solamente se oía el silabear del noble Patriarca, que rezaba fervorosamente por la salud de aquel hombre que había ido a buscar en él la verdad eterna.

Mientras tanto, Juan inspeccionaba toda la habitación, hasta que se fijó en el retrato de una mujer que

había en un testero. Comprendió que aquella mujer debía ser la hermana que tanto quería el Patriarca, y en los rasgos fisonómicos del retrato advirtió cierta semejanza con los de Elena.

Por fin, terminó el Patriarca su oración, y el joven se despidió de él, sin dejar traslucir su incredulidad y la poca atención que le habían merecido las palabras de aquel santo.

LOS NUEVOS PLANES DE JUAN

Unos días después de la llegada de Juan al hotel, Elena, metida en el baño, se entretenía en leer una carta que había recibido de él, y en la cual el ratero le decía:

«Mi querida Elena: Procura contentarte cuando veas esta fotografía adjunta. Es de tu abuela, y tienes que venir a este pueblo, haciéndote pasar por la sobrina de cierto Patriarca que hay aquí.

Dile a Harry que se ponga en camino cuanto antes, pues tengo un gran negocio en perspectiva, pero es necesario que aprenda a toser como los tísicos. Manda mi ropa al hotel Congreso de Meadville, al nombre de Morgan, que es por el que aquí me conocen.

Muchos cariños de quien no te olvida

Juan».

Elena contempló durante unos segundos la fotografía que le había mandado su novio, y no pudo menos que echarse a reír alegremente al ver el tipo que representaba aquella que decía sería su abuela.

Siguió al pie de la letra todas las instrucciones que le dió Juan, y pocos días después, el dueño del hotel subía al cuarto de éste, cargado con el equipaje del joven, diciéndole:

—Aquí está su equipaje, señor Morgan.

—Déjelo ahí mismo—le dijo Juan, indicándole un rincón de la habitación.

—Su amigo—siguió diciéndole el propietario—ya está aquí. Le he designado la habitación contigua a la de usted, pero me parece que la tos que tiene ese Mr. Evans es muy

fea. Yo le he dado esta habitación porque como son ustedes amigos... ¿Le importa que la abra?

—Puede hacerlo—respondió Juan sin darle importancia al hecho.

Abrió la puerta y entró Harry, que se hacía pasar por Mr. Evans, diciéndole:

—Me ha asustado usted, amigo. Creí que había ladrones en la casa.

Harry empezó a toser dolorosamente, y el dueño no pudo menos que decirle con misericordia:

—Que tos más fea tiene... Debe ir a que lo vea el Patriarca.

—Seguiré su consejo—respondió Harry, sin dejar de toser.

—Yo me voy abajo a la oficina, que la he dejado sola—dijo de nuevo el dueño.

Se echó mano al reloj, y, al ver que no lo tenía, exclamó extrañado:

—¡Qué extraño! Creí que llevaba el reloj.

Juan miró fijamente a su amigo y preguntó al dueño:

—¿Está usted seguro que lo llevaba?

—Segurísimo—respondió Higgins, el dueño del hotel—. Lo miré antes de subir aquí.

—¿Y era bueno?—preguntó otra vez Juan, queriendo saber el valor de la prenda sustraída por su amigo.

—Ya lo creo—exclamó Higgins—. Pagué ocho dólares y medio por él.

—¿Has oído?—le dijo Juan a Harry, queriéndole dar a entender que por tan poca cosa no valía la pena de exponerse—. Dice que le costó ocho dólares y medio.

—Teniendo un reloj así—respondió Harry, al mismo tiempo que hacía ver que el reloj estaba en el suelo—, ya puede usted estar contento.

Higgins, sin sospechar nada, recogió el reloj y volvió a decir:

—A mí siempre me pasan cosas extrañas. Siempre pierdo todo lo que llevo. La semana pasada perdí la cartera; claro que yo tuve la culpa por llevarla en el bolsillo de atrás del pantalón. Por eso me la he cambiado ahora al de pecho de la americana... Me gustaría que me la quitaran ahora...

Harry miró burlescamente a su amigo y le dijo:

—¿Has oído?... Dice que le gustaría.

Volvió a toser nuevamente, y el dueño se apresuró a salir de la habitación, temiendo contagiarse del mal de su huésped.

Al quedar solos los amigos, Juan se sentó junto a su compañero y le dijo:

—Bueno, empieza a decirme cuantas novedades haya... ¿Qué

pasa por allí?... ¿Cómo va el asunto de Nikki?

—Eso va bien—respondió Harry. —Nikki está ya mejor, y hay la seguridad de que no se morirá.

—¿Hablará ese bandido?—preguntó nerviosamente Juan.

—¿Qué va a hablar, hombre?—respondió Harry—. ¿No ves que a él le conviene callar tanto como a ti? Ese hombre no dirá ni una palabra.

—Después de todo, no me importa lo que hice—exclamó Juan—. Amo a Elena, y al que se meta con ella...

—Bueno, bueno—le atajó su amigo—. No es éste el momento de que me digas si la amas o no, sino de que me expliques qué clase de negocio es el que nos trae aquí.

—¿No te ha dicho nada Elena?—preguntó Juan.

—Algo me ha contado de un Patriarca, pero, en resumidas cuentas, no he podido saber nada en claro.

—Pues se trata de un buen hombre que dice que cura con la fe. Esta pobre gente tiene una fe ciega en él, y mi idea sería traer aquí gente con dinero.

—¿Cómo?—preguntó, extrañado, Harry.

—Realizando un milagro... Uno de esos milagros que se leen en la Biblia.

—¿Y cómo conseguirás que se realice ese milagro?—preguntó otra vez Harry, sin poder adivinar el pensamiento de su compañero.

—Preparándolo. Ya tengo uno: el «Rana». Vendrá aquí como un pordiosero cualquiera, con los brazos y los pies hechos nudos, y hará su truco por obra y gracia del Patriarca, delante de todos. En cuanto se sepa, de lo cual yo me encargaré, vendrán aquí millonarios enfermos de todas partes, con sus libros de cheques, y cuando hay fe, un cheque es como un billete de banco.

—Sí, pero cuando vean que no se curan, anularán esos cheques.

—No lo creas—respondió Juan—. Ninguno de ellos se atreverá a reclamar el donativo que haya hecho. A pocas millas de aquí, en la costa, hay un balneario de gente rica, y ellos se encargarán de traernos a los que necesitamos.

Llamaron a la puerta, y Juan y Harry se apresuraron a salir a ver quién era. Al abrir, vieron que se trataba de la hija del dueño, una preciosa chiquilla, que, dirigiéndose a Juan, le dijo:

—Papá me manda con el correo.

Harry no le quitaba la vista de encima, sintiéndose vivamente atraído por la belleza de la joven, y su

amigo, al advertirlo, temió que pudiera hacer cualquier tontería y le puso en antecedentes, diciéndole:

—Es Betty, la hija del dueño.

—¿Con que tú eres Betty?—preguntó sonriendo Harry—. Pues yo me llamo Harry Evans. Mr. Morgan me había dicho que eras muy bonita.

La muchacha bajó la vista avergonzada, y Harry le volvió a decir:

—¿Quieres acompañarme al correo para ver si hay alguna carta para mí?

—Bueno—respondió la joven—. Iremos a decírselo a Papá, primero.

Harry la tomó del brazo y se dirigió con ella en busca de Higgins, quien en aquel instante discutía en la puerta de la casa con varios hombres sobre la eficacia de las curas del Patriarca, diciéndoles:

—¿Cómo curó del lobanillo la hija de Jacobo? Si no, ahí tenéis a Mr. Evans, que viene a verlo por la tos.

Harry, que llegaba en aquel instante, se acercó a Higgins y le dijo:

—Betty me acompañará al correo para ver si hay alguna carta para mí.

—Está bien—respondió Higgins, que volvió inmediatamente a hablar del Patriarca, hasta que un tal Holmes le dijo:

—Lo que usted quiere son huéspedes en el hotel, y por eso habla así del Patriarca.

—¡Hablo así porque es verdad!—volvió a exclamar Higgins—. ¡Y al que diga lo contrario...!

—Al que diga lo contrario, ¿qué?—le preguntó, amenazador, Holmes.

Cuando los dos hombres estaban a punto de llegar a las manos, se oyó el grito de un pequeño que caía al suelo, y Holmes corrió a prestarle auxilio. Era un muchacho de unos siete años, que iba provisto de dos muletas para poder caminar. Se trataba del hijo de Holmes, y éste, al verlo en el suelo, lo abrazó cariñosamente, mientras que el chiquillo, con voz angelical, le decía:

—No es nada, papá... Es que creí que ibas a pelearme.

—Es que tu padre es el único en el pueblo que ni cree en el Patriarca, ni tiene fe. Podías llevar al pequeño para que le curase.

Holmes cogió a su chico por la mano, y al mismo tiempo que hacía ademán de alejarse, exclamó:

—No quiero que Bobbie se le acerque. Yo no creo en Dios.

Echó a andar, llevándose a su pequeño, quien por el camino le preguntó:

—Papá, ¿por qué no crees en Dios?

—Porque no quiero—respondió, brutalmente, el padre.

—¿No nos hizo Dios? —preguntó otra vez, dulcemente, el pequeño—. ¿Verdad que nos hizo Dios?

—No nos hizo nadie—respondió secamente Holmes—. Dios no existe, y nosotros somos un accidente de la Naturaleza.

—¿Y tú no sabes lo que hace Dios a los que no creen en El?

—Pues nada, absolutamente nada.

—Pues dicen que castiga al que no cree en El—exclamó el chiquillo, plenamente convencido, hasta el punto que su padre para desvanecer aquella fe que tenía el hijo

exclamó encorajinado levantando los brazos al cielo:

—Si es verdad que estás ahí arriba, ¿por qué no me castigas?... ¡Yo no creo en Ti!... ¿Me oyes?... ¡No creo en Ti!... ¿Dónde está el rayo?... ¿Dónde está el trueno?

Esperó unos momentos en aquella actitud, hasta que nuevamente se volvió a su hijo y riéndose le dijo:

—¿Ves Bobbie como no está arriba?

Y riendo a grandes carcajadas abrazó a su pequeño, que no obstante la acción de su padre, en voz baja, preso de una verdadera fe, suplicaba inocentemente:

—¡Dios mío, perdónalo!... ¡Perdona a mi padre, Dios mío!

LA LLEGADA DE ELENA

Todo iba desarrollándose a medida del deseo de Juan y cada vez tenía más confianza éste en el triunfo de sus propósitos. Paulatinamente había preparado la llegada de Elena, para que el Patriarca no se extrañara y el buen hombre deseaba cuanto antes tener en sus brazos a aquella niña que había quedado huérfana.

El día que Juan sabía que había de llegar Elena, acompañó a Higgins hasta la estación y al llegar el tren, el dueño del hotel corrió a saludarla diciéndole:

Recibí su carta anunciando que vendría y la estábamos esperando. Le presento a Mr. Morgan.

—Mucho gusto—exclamó la joven, reflejando en el brillo de su mirada toda la alegría que experimentaba de verse otra vez junto a Juan.

Este, después de saludarla, afectando una gran indiferencia le dijo:

—Higgins atenderá su equipaje. Mientras tanto yo puedo acompañarla a casa de su tío.

—Muy agradecida—respondió la muchacha.

—Sí, sí—exclamó inocentemente Higgins—. Ustedes se pueden marchar que yo me cuidaré de todo. No se preocupe usted por nada.

Los dos jóvenes tomaron el camino que conducía hacia la casa del Patriarca y Elena cogiéndose del brazo de su novio exclamó amorosamente:

—¡Cuántas ganas tenía ya de verte, Juan!

Juan se soltó rápidamente del brazo de Elena diciéndole:

—Hay que andar con cautela Elena. Ahora yo soy Juan Morgan y

tú Elena Vail, sobrina del Patriarca y acabamos de conocernos.

La joven sonrió ante la advertencia de su novio y siguieron andando hasta que llegaron a un lugar oculto por el ramaje cerca de la casa del Patriarca. Se detuvieron allí seguros de que nadie los vería y Juan abrazando a la muchacha le dijo apasionadamente:

—¡Si supieras cuánto te he echado de menos!

Elena no podía contener el gozo que le causaban las palabras de su novio y estrechándose contra su cuerpo le dijo:

—¿Te has acordado mucho de mí?... ¿Me amas mucho?

—¿Crees que si no te amara me expondría a lo que me expongo?— respondió con pasión Juan—. ¿Para qué crees que quiero el dinero? Todo lo que tengo, todo lo que pueda reunir es para que a ti no te falte nada. Me gusta verte bien vestida y que ningún capricho de los que tengas pueda quedar insatisfecho. Tú lo eres para mí todo.

Elena sentía interiormente toda la alegría que le producía el verse amada de aquel modo por el hombre a quien también ella adoraba y vivamente emocionada por las palabras de él le dijo:

—Yo no sé qué sería de mí sin

ti, Juan. Tú eres todo lo que tengo en el mundo.

Se besaron con verdadera pasión, como verdaderos amantes que han estado varios meses sin verse, hasta que Juan volviendo a la realidad, le dijo:

—De ahora en adelante hay que tener seriedad. Tienes que principiar por quitarte eso.

—¿Qué quieres que me quite?— preguntó ella sin comprenderlo.

—La pintura de los labios. Tienes que desempeñar tu papel, tienes que aparecer una pazguata...

Elena siguió el consejo que le dió su novio y se quitó la pintura que llevaba en los labios mientras que Juan la preguntaba:

—¿Te aprendiste los nombres que te mandé en la lista? Tú no sabes toda la correspondencia y datos que tuve que leerme para conseguirlos.

—Sí—contestó Elena, insistiendo contra la pintura de los labios—. Todos me los sé de memoria. Puedes estar tranquilo que no cometeré ninguna tontería.

—Tengo confianza en tu talento— respondió Juan—. Además debemos alegrarnos de que el Patriarca no haya visto nunca a su sobrina, porque de lo contrario no hubiéramos podido inventar esta historia.

Elena dió por terminado su trabajo de quitarse la pintura de los

labios y Juan le dijo señalándole las mejillas:

—Quítatelo todo.

Volvió la joven a frotarse los carrillos y Juan a decirle señalándole los ojos:

—Eso de los ojos también. Tienes que producirle buena impresión, no se vaya a escamar.

Y una vez Elena hubo terminado Juan la miró complacido y le dijo:

—Estás bonita de todas formas. Pintada y sin pintar.

Ella se echó a reír y otra vez volvieron a besarse.

—Ya es hora de que nos vayamos—le dijo Juan—. No vaya a ser cosa de que llegue antes que nosotros el dueño del hotel.

Y como estaban a poca distancia de la casa del Patriarca, no tardaron en llegar a ella. Llamó Juan a la puerta y apareció la figura venerable del Patriarca cuya presencia produjo en la joven un sentimiento extraño de respeto. No pensaba Elena con encontrarse con un hombre de aquel aspecto y la dulzura con que la miraba la hizo bajar los ojos al suelo, temiendo que descubriera en ellos el engaño de que pensaban hacerle objeto.

El Patriarca se acercó cariñosamente a la joven y acariciándola paternalmente le dijo:

—Por fin has venido hija mía. No

puedes saber cuánto te agradezco que vengas a alegrar un poco la tristeza de este viejo que pronto dejará este mundo. Te he esperado con impaciencia desde que recibí tu carta anunciándome tu deseo de venirte a mi lado.

Elena no se atrevía ni hablar. Había tanta dulzura en las palabras del anciano, tanta emoción ponía en su cariño y tan persuasiva era su voz que Elena permanecía callada, sin atreverse a levantar la vista hasta que el Patriarca cogiéndola la cara le dijo:

—Deja que te vea de cerca.

Temblorosamente se acercó la joven al Patriarca y éste después de contemplarla detenidamente le preguntó:

—¿Con que tú eres Elena Vail?

La joven afirmó con la cabeza y Juan que advirtió la emoción de su novia, trató de interrumpir la escena diciéndoles:

—Mañana vendré a verles, si me lo permite usted.

—Venga siempre que quiera—le dijo el Patriarca—. Mi casa es de todos y para todos.

Juan se despidió de Elena, como si no la hubiese conocido nunca y el Patriarca la tomó por un brazo y la introdujo dentro de la casa diciéndole:

—Entra hija mía... Ahora ya estás en tu casa.

Pasaron varios días y Juan fué haciendo ocultamente la propaganda del Patriarca hasta que consiguió que empezarán a llegar algunas familias del próximo balneario.

Uno de los primeros en llegar fueron dos hermanos. El se llamaba Roberto y ella Margarita. La pobre joven, desde hacía tiempo sufría una parálisis de las dos piernas y a pesar de que la habían visitado las más grandes eminencias nada pudieron hacer para devolverle el movimiento. Sentada en un coche paseaba una tarde con su hermano y con Harry y éste le decía:

—Yo creo ya en ese Patriarca, como en algo infalible. He visto tantas cosas de él.

—¿Cree usted que me curaría a mí?—preguntó ansiosamente Margarita.

—Eso no lo puedo decir. Únicamente le diré que casos que no pudieron curar los médicos más célebres los ha curado. Yo le vi curar a un amigo mío que había sufrido un colapso nervioso. A mí mismo me curó de una tos que todos los facultativos habían declarado que era tisis...

De pronto vieron llegar hasta cerca de ellos a un hombre que se

arrastraba por el suelo, en quien Harry reconoció inmeditamente al «Rana». Este se acercó al grupo que formaban la enferma y sus dos compañeros y les preguntó:

—¿Cuánto hay de aquí a Medville?

—Unas cincuenta millas—le respondió Harry.

—Todavía me queda mucho que andar. Así vengo de Sacramento, pero a la vuelta me valdré de mis piernas.

—¿Va usted a ver al Patriarca?—le preguntó Harry.

—Sí—respondió el «Rana». No hay más que tener fe para curarse. Me enteré de las curas maravillosas que había hecho y escribí al jefe de correos que me contestó esto.

Y entregó una carta preparada por Juan en la que daba detalles imaginarios de diferentes curas.

Margarita que leyó también la carta suspiró conmovida:

—¿Cuánto tiempo hace que está así?—le preguntó el hermano de la ven.

— Toda la vida — contestó el «Rana».

—¿Y piensa usted que el Patriarca le curará?—le preguntó otra vez Roberto.

—¿Cree usted que he venido tan

sólo por el gusto de arrastrarme?... Oh, no. Yo tengo fe y esa fe me curará... Bueno y me voy que estoy perdiendo el tiempo y no podré llegar de día a Meadville, si falta todavía tanto tiempo.

Margarita sintió compasión de aquel infeliz y lo llamó diciéndole:

—No se vaya.

El «Rana» se paró para ver lo que quería y la joven volvió a decirle:

—Sígame hablando de ese buen hombre.

—Por Dios Margarita—intervino hermano—. Se comprende que un

tullido como él crea en esas tontorías, pero tú...

—Yo quiero probar también, quiero ver al Patriarca... ¿Por qué te niegas a mi deseo?

—Lo hago por evitarte un nuevo desengaño—le respondió su hermano.

—Vendrá usted con nosotros en el coche—le dijo Margarita al «Rana»—así llegaremos a tiempo.

Y haciendo una indicación a su hermano éste llamó a su chófer y metió dentro del coche, junto con ellos al «Rana» que permaneció tirado en el suelo del vehículo.

EL MILAGRO DE LA FE

Al llegar a la puerta del hotel, había allí, como casi todas las tardes mucho público reunido, en la terraza y en la puerta y entre las miradas curiosas de todos bajaron al tullido que continuó diciendo, como si buscara al Patriarca.

—¿Dónde está?... Quiero verlo, quiero ver al Patriarca y decirle que yo tengo fe en Dios, que creo en El, que quiero que me cure...

Los que se hallaban presentes miraron al «Rana» adivinando que nada podría hacer el Patriarca con un hombre en aquel estado y el tullido siguió diciendo:

—¿Quién quiere acompañarme?... ¿Quién quiere llevarme donde está el Patriarca?

Nadie se prestó a ello, hasta que del grupo se destacó Bobbie que

apoyándose en sus muletas le dijo:

—Vamos Míster—. El Patriarca está allá arriba de la loma. Yo le acompañaré.

El «Rana» miró agresivamente al muchacho, pensando que la ayuda de éste en aquel momento le era perjudicial, pues lo que a él le convenía era que estuviera todo el pueblo reunido para cuando se realizase el milagro.

Harry se acercó a Juan, que no quitaba la vista del niño y le dijo:

—Ese chiquillo nos lo va a estropear todo.

—No hay más remedio que tomar las cosas como vienen—respondió Juan.

Pero a pesar de lo que ellos habían pensado, cuantos estaban allí reunidos siguieron al tullido y al ni-

ño que iba señalándole el camino. Entre los que iban a buscar al Patriarca iba también Margarita llevada en el cochecito por su hermano y la pobre joven elevaba sus ojos al cielo, pidiéndole con todo el fervor de su alma que se compadeciese de ella y le prestara ayuda en aquel instante supremo.

Durante los días que Elena llevaba al lado del Patriarca se había producido en la joven un cambio completo. No era la muchacha decidida de antes, no era la mujer dispuesta siempre a satisfacer sus caprichos al precio que fuera, sino un ser completamente distinto que diríase estar contaminado por la bondad que irradiaba el Patriarca. La dulzura, el cariño y el amor con que la trataba aquel hombre habían ido produciendo en su corazón un sentimiento desconocido, y en ciertas ocasiones, a solas con sus mismos pensamientos se reprochaba el engaño de que habían hecho objeto al Patriarca.

La paz que se respiraba en aquella casa, la vida metódica del Patriarca, los rezos a que se veía obligada por indicación del que creía era su tío, iban cambiando a Elena, convirtiéndola en una muchacha sencilla, amorosa, sensible a los dolores ajenos y decidida a emprender un rumbo en la vida diferente

al que hasta entonces había llevado.

Muchas veces, salía a la ventana y en la contemplación de la inmensidad del mar, y del campo que ante ella se extendía adivinaba la mano de un Ser Supremo que hasta aquellos instantes ella no había conseguido presentir.

En uno de estos momentos la cogió la llegada del tullido y sus acompañantes y Elena dejando la ventana fué en busca del Patriarca para decirle:

—Allá viene mucha gente con un tullido que se arrastra por el suelo.

De sobras sabía la muchacha lo que significaba la llegada del tullido y los propósitos que albergaba, pero el amor por Juan la hacía callar y seguir siendo cómplice aun contra su voluntad.

El Patriarca salió a recibir a los que llegaban y se paró en la puerta, mientras que el tullido arrastrándose hasta sus pies gritó, con fingida unción:

—Tengo fe, señor... Tengo fe... Quiero curarme porque tengo fe.

El Patriarca elevó al cielo sus ojos y quedó en completo éxtasis. Sus labios murmuraron débilmente una súplica y su alma entera se postró al Altísimo pidiendo misericordia para los que sufrían.

El tullido mientras tanto, siguiendo el plan que se había fijado em-

pezó a estirar sus miembros con el natural asombro de todos, hasta que por fin adquirió una postura normal.

—¡Gracias, señor, gracias!—exclamó fingiendo una emoción que no sentía.

Pero el Patriarca no le prestaba atención, seguía implorando piedad, seguía suplicando al que todo lo puede, como si estuviese alejado de la tierra y elevado a regiones extrahumanas.

Bobbie al ver que el tullido andaba miró sus muletas y sus ojos se llenaron de lágrimas exclamando:

—Dios mío, yo siempre creí en Ti... Déjame andar.

Y la almita inocente del niño fué toda amor para El, toda veneración para Dios, dejándose llevar por su fe, en la convicción de que solamente Dios podría curarle.

El Patriarca bajó la vista al suelo y al ver a Bobbie le dijo suavemente:

—Ven, ven tú también.

Y el niño, ante el asombro de cuantos lo presenciaban arrojó las muletas, vaciló un instante antes de decidirse a andar y, por fin, dió un paso hacia el Patriarca. Intentó proseguir su camino y sintió que sus piernas le respondían y en un ataque de alegría infinita corrió a abrazarse al Patriarca que lo estrechó contra su cuerpo, mientras que ex-

tendía sus manos hacia Margarita indicándola que tuviese fe en Dios y caminase también.

La joven sintió que su cuerpo experimentaba una sensación desconcertante e hizo ademán de levantarse del cochecito. Su hermano acudió a ella, al verla en pie, temiendo que se cayera, mientras que Margarita, lentamente fué acercándose al Patriarca.

Solamente a los dos estrechó contra su pecho el venerable anciano, mientras daba gracias a Dios, solamente aquellos dos seres que habían puesto toda su fe en el Altísimo merecían la bondad de su corazón, mientras que el tullido miraba asustado al Patriarca, lo mismo que Harry y Elena.

Esta se acercó a Juan y le dijo en voz baja:

—¡Los ha curado, Juan!... ¡Yo tengo miedo!

Juan sonrió indiferente y le respondió:

—Ten valor, que esto marcha mejor de lo que esperábamos.

El Patriarca volvió a encerrarse en su habitación, mientras que Elena, Juan y el hermano de Margarita quedaban en el recibidor de la casa.

Juan aprovechó la ausencia de Elena, que había entrado para ver al anciano, y le dijo a Roberto:

—Desde ahora esta casa será un

santuario, envuelto en silencio, en un silencio santo... Yo también tengo motivos para estar agradecido al Patriarca y quiero ayudar en algo. ¿Me comprende usted?

Roberto se le quedó mirando sin adivinar lo que quería decirle y Juan continuó:

—No sé cómo explicarle mi pensamiento.

Margarita que había entrado tras ellos, fué la que adivinó la idea de él y le dijo:

—Sí, comprendo lo que quiere usted decir. Usted quería dar a conocer este lugar.

—Exacto—respondió Juan—. Deberíamos reunir fondos para levantar una capilla, como tributo al Patriarca.

—Excelente idea—exclamó Margarita—. Todos los que vienen aquí podrían dar.

Juan sacó un talonario de cheques y llenó uno diciendo:

—Yo no soy rico, pero daré con gusto lo que pueda. Es un orgullo poder contribuir. Mis fuerzas no me alcanzan para más y daré cinco mil dólares. Lo endoso a nombre de la sobrina porque es la más indicada para guardar los fondos.

El hermano de Margarita sacó a su vez otro talonario de cheques y siguiendo las instrucciones de Juan, lo llenó diciendo:

—Yo daré veinticinco mil dólares.

En aquel momento salió Elena y Juan le entregó los dos cheques diciéndole:

—Hemos proyectado construir una capilla y aquí tiene el importe de las primeras subscripciones.

Elena recogió temblorosamente los dos talones, mientras que Juan dirigiéndose a los dos hermanos les dijo:

—Creo que debemos salir para decir a los demás lo que hemos hecho... ¿No les parece?

Sí, vamos a decirlo—exclamó alegremente Margarita—. Estoy tan contenta que quisiera contárselo a todo el mundo para que todos ayudaran a esta obra.

Luego se acercó a Elena y acariciándola mimosamente le dijo:

—Vaya a vernos a menudo. Roberto vendrá a buscarla en el coche.

—Son ustedes muy buenos—respondió Elena.

Salieron los dos hermanos y Elena al quedar sola con Juan protestó diciéndole:

—Yo no puedo seguir así, Juan. No puedo continuar este engaño.

—¿Por qué?—preguntó amorosamente el muchacho.

—No sé, no podría explicártelo, pero siento una voz interior que me dice que nos vayamos lejos de aquí...

Juan se echó a reír y respondió:

—Pero antes de marcharnos tenemos que cobrar. Piensa en el negocio que se nos presenta. Seremos ricos, ricos los dos, Elena. Tendremos más dinero que nunca necesitaremos.

Mas, a pesar de la alegría que demostraba Juan, Elena no podía contagiarse de ella. Sentía un vivo remordimiento por todo lo que estaban haciendo y Juan, intentó ani-

marla acariciándola al mismo tiempo que le decía:

—No estés triste, Elena. Sonríe como siempre... Anda, sonríe...

Elena, ante las caricias de su novio sonrió tristemente y él le dijo:

—Así, así me gusta, que sonrías siempre.

Se besaron otra vez y Juan, satisfecho del rumbo que llevaban sus asuntos salió de casa del Patriarca para dirigirse al hotel.



—¿Conque quería robarme?



—¡Yo lo arreglaré!



- Aquí tiene un
billete de veinte
dólares.



- Conmigo nada
de confianzas.



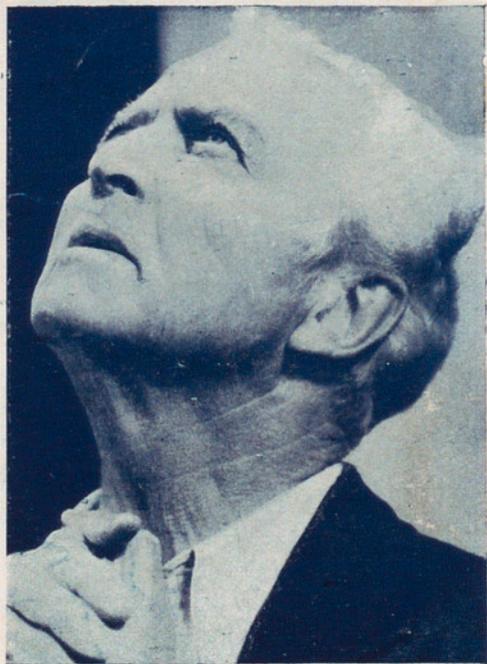
- Voy a cambiar
me de ropa.



- Con fé nada es
imposible.



- Devuelve las car-
teras vacías.



El patriarca.



- Estaba peleando.



- No es nada,
papá.



- Y mis piernas me
sostuvieron sin las
muletas.



- Cree en Dios.



- El Patriarca me
dijo «Reza a Dios»



- No puedo seguir
con esto.



- Estoy muy cansado.



¡Dilo!

LA ALEGRÍA DE UN PADRE

Holmes, el incrédulo que no creía en Dios ni en su infinita bondad, estaba tranquilamente en su casa, cuando de pronto vió venir a Bobbie corriendo, sin las muletas. Sin poderse contener corrió a estrecharlo en sus brazos, mientras le decía, loco de alegría:

—¿Caminas, Bobbie, caminas?

—Ha sido Dios, papá—exclamó el chiquillo—. Ha sido Dios.

—¿Dios?—preguntó Holmes extrañado—. ¿Qué quieres decir, Bobbie? ¿Cómo ha sido?

El chiquillo le refirió todo lo del tullido, el porqué había ido a casa del Patriarca y terminó diciéndole:

—El Patriarca alzó los brazos al cielo y aquel hombre tullido se le-

vantó solo, y mis piernas me sostuvieron sin las muletas y la mujer echó a andar. El Patriarca nos dijo entonces que rezáramos a Dios. Tengo que rezar, papá.

El padre, de rodillas, ante su hijo y abrazado a él, lloraban de alegría, mientras que el pequeño volvió a decirle:

—¿Cómo se reza, papá?

Una angustia infinita se apoderó de aquel hombre al darse cuenta de que sus labios jamás habían pronunciado una oración y respondió avergonzado.

—No sé. No he rezado nunca.

—Prueba, papá—exclamó el chiquillo—. Debemos rezar. Dar gracias a Dios, porque me ha curado.

Sin El estaría todavía con las mulletas.

Y aquel hombre que siempre juró que no había Dios elevó sus ojos al Cielo y de lo más profundo de su alma salió una plegaria, tan sublime como rústica, diciendo:

—Oh, Dios que vigilas a los pajarrillos, líbranos de todo mal y perdona a quien te insultó. ¡Yo te amo! ¡Te amo sobre todas las cosas y tú serás mi guía y mi fe en toda mi vida!... Perdona a quien no supo creer en ti! ¡Estaba loco, pero tu bondad me ha devuelto la razón! ¡Creo en Ti!... ¡Creo en Ti!

Y las lágrimas inundaron su rostro, sintiendo que su alma se libraba de un peso y en su conciencia se hacía una luz que iluminaría sus pasos por el sendero de la Vida.

Después de aquellos milagros que fe realizó en los que acudieron al Patriarca, se sucedieron otros más y la recaudación para contribuir a la erección de la capilla iba en aumento, hasta el punto de que Juan se trasladó a la capital para depositar a su nombre todo el dinero que había recogido.

Pero en esos quince días habían sucedido también cosas extraordinarias. Harry ya no era el mismo de antes. Había cambiado por completo, debido al amor que sentía por Betty y a la impresión que le causó las curas del Patriarca. Con más libertad que Elena, él había decidido acabar con la vida que hasta entonces había llevado y redimirse en el amor de Betty y en la paz de aquel pueblo. Consiguió que el padre de la muchacha lo tomase de empleado en el hotel, que había cambiado por completo, debido a la afluencia de creyentes y era el encargado de la oficina, mientras que la muchacha estaba de cajera.

El día de la vuelta de Juan fué a esperarlo y lo acompañó hasta la habitación que ocupaba en el hotel. Una vez allí los dos amigos Juan le dijo alegremente:

—Buenos Bancos hay en San Francisco. El dinero está en tres de ellos y ya no hay más que ir mandándolo. Esto será un río de oro para ir pescando en él nosotros.

Harry lo miraba, sin demostrar ninguna alegría, por lo que le ex-

plicaba su amigo, quien sin darse cuenta de la actitud de su compañero abrió un maletín y sacó un rollo de papel, diciéndole:

—Estos son unos planos de una capilla. Los he traído para que los vean los bobos. ¿Qué te parece? Esto va mejor de lo que hubiéramos podido desear.

Harry, sin poder contenerse más tiempo trató de seguir aquella escena que le repugnaba y se despidió diciéndole:

—Bueno, me voy, que la oficina está sola.

—Tuviste una gran idea—exclamó riendo Juan—. Lo del empleo ha sido una idea genial. Pero no me gusta que Betty esté mezclada en estos asuntos.

Harry lo miró con severidad y le dijo con marcada intención:

—Descuida. No habrá complicaciones. Betty es demasiado buena para que se vea complicada en un asunto tan sucio como éste.

Juan se quedó mirando extrañado a su amigo. Aquellas palabras reflejaban un amor verdadero y le preguntó sorprendido:

—Yo creía que eso del empleo era un sólo pretexto para quedarte aquí, pero veo te lo tomas más en serio.

—Todo lo serio que se merece—respondió Harry—. Acepté el empleo porque me convenía y me parece que es lo mejor que he hecho en mi vida.

—¿Son honradas tus intenciones, entonces?

—Las primeras honradas que he sentido en mi vida. Pienso casarme con ella y no voy a consentir que se vea envuelta en este asunto. Betty es una buena muchacha, me ama y no se merece que le haga ningún mal.

Juan iba de sorpresa en sorpresa. Lo que menos podía él esperarse era aquella forma como le hablaba el antiguo ratero. Por más que hacía esfuerzos no llegaba a comprender qué es lo que habría ocurrido en su ausencia y tan extrañado estaba que no pudo menos que preguntarle:

—¿Me quieres decir qué te pasa?

—Es bien sencillo—respondió Harry—. He cambiado de parecer, ya no quiero ninguna parte en ese

negocio, ni en ningún otro que no sea honrado. Las palabras del Patriarca me han hecho abrir los ojos a la verdad y estoy avergonzado de mi vida anterior. Si algún perdón merezco quiero hacerme digno a él.

Juan se echó a reír y le dijo: —

—Si lo haces, eres más bobo de lo que yo creía... A mí no me pasará eso, Harry. Ni a Elena tampoco. Los dos seremos consecuentes hasta el fin.

—Haz lo que más te plazca—res-

pondió Harry, marchando a la puerta—, pero con mi ayuda no cuentas.

—¿Y con tu silencio?

—Seguiré callando, porque has sido amigo mío. Lo único que me pesa es que tu no te decidas a ser bueno.

Las últimas palabras de Harry produjeron en Juan una sonora carcajada y mientras reía empezó a arreglarse con el fin de ir a buscar a Elena.

LA REGENERACION DE ELENA

La bondad, cuando es sincera, se contagia por más que se luche contra ella. Y la estancia al lado del Patriarca, de aquel hombre que jamás pronunció una palabra que no fuera de amor y caridad, fué infiltrándose en el corazón de Elena, arrancando del corazón de la joven cuanto había constituido su vida anterior.

En aquella nueva vida Elena se sentía feliz, sentía la dicha de aquella tranquilidad y solamente un dolor la atormentaba, el de que Juan no se regenerase como lo habían hecho Miguel, el «Rana» y Harry.

Todos los días aquellos dos hombres subían a casa del Patriarca y permanecían a su lado varias horas recibiendo los sanos consejos del anciano, mientras que Elena heraba in-

teriormente el desvío del hombre a quien tanto amaba.

Roberto volvió nuevamente a ver a Elena y la belleza de la joven causó tal impresión en él que casi todos los días salían en su coche a dar un paseo por el campo.

También la joven se había acostumbrado a aquella amistad y cuando tardaba algo sentía la impaciencia propia del que espera a una persona querida.

Hasta entonces Roberto no se había atrevido a expresarle nunca a Elena qué clase de sentimiento había despertado en él y los dos muchachos, mutuamente confiados en la pureza del afecto que los unía, se sentían íntimamente unidos sin que ningún lazo de egoísmo los ligase.

La tarde que llegó Juan, los dos jóvenes se habían distanciado más de lo acostumbrado, hasta que llegaron a un paraje delicioso.

Bajaron del coche y se pusieron a andar por allí, sintiendo la poesía del campo en toda su belleza, hasta que Roberto, sin poder contener más la pasión que le atormentaba le dijo a la joven:

—Elena no he conocido a una mujer como usted. Desde el primer día que la vi advertí que usted ejercería una gran influencia en mi vida.

—¿Por qué?—preguntó ella ingenuamente.

El la miró sorprendido por aquella pregunta y a su vez la interrogó extrañado:

—¿Es posible no se haya dado usted cuenta todavía de que la amo? ¿No ha advertido usted que desde que la conocí no vivo más que para usted?

Ella sonrió tristemente y le respondió:

—Pero eso no puede ser, Roberto.

—¿Por qué? ¿Quién puede impedirlo?

—Yo misma—le dijo con franqueza la joven—. Debo serle franca y decirle la verdad. Amo a otro hombre.

—Lo sospechaba—respondió Roberto—. Tenía el presentimiento de que conseguir su amor era demasia-

da dicha. ¿Y puedo saber quién es el afortunado mortal que ha logrado interesar su corazón?

—No tengo por qué ocultárselo—respondió Elena—. Es Juan. Usted ya lo conoce, el joven que se encarga de la construcción de la capilla. Mi tío no sabe nada y le ruego que me guarde el secreto.

Roberto calló apenado por aquella sincera confesión y respondió:

—Tenga confianza en mí, que nada se sabrá.

Callaron un instante y volvieron otra vez a casa de Elena, hasta que al despedirse, Roberto le preguntó:

—¿Me permitirá usted que siga viniendo a verla?

—Sentiría que no lo hiciera—respondió Elena ofreciéndole la mano.

—Es usted un buen amigo mío y le aprecio en todo lo que vale.

—Entonces, ¿hasta mañana?

—Hasta mañana—respondió la joven, al ver que el Patriarca llegaba a la puerta de la casa.

La joven lo tomó cariñosamente por un brazo y lo llevó hasta su habitación. Lo hizo sentar en un sillón y el anciano le dijo tristemente:

—Estoy muy cansado Elena... Muy viejo y muy cansado.

La tarde caía ya y dentro de la habitación apenas si podían verse las figuras. Elena con el deseo de animarlo le dijo:

—¿Enciendo la lámpara?

—Haz lo que quieras, hija mía—respondió fatigosamente el Patriarca.

Una vez que la joven hubo encendido la luz se sentó junto al patriarca y éste mirando un medallón que él le había regalado a su llegada, en el cual estaba el retrato de su hermana, dejó con verdadero cariño:

—¡Mi hermana!... ¡Cuántos años! ¡Cuántos años han pasado desde la última vez que nos vimos!

Seguía mirando con unción aquel retrato de uno de sus seres más queridos, hasta que le preguntó:

—¿Puedo guardarme lo poco que me queda, Elena?

Esta se lo quitó y se lo entregó al anciano, que lo guardó religiosamente en su pecho a la misma vez que le decía a la joven, pasándole la mano por la cabeza.

—¡Qué buenas eres, Elena!

La joven sentía interiormente un gran dolor al ver el estado en que se hallaba el anciano. Su respiración difícil y todo en él hacía presagiar un próximo fin. Para darle lugar a que descansase le dijo:

—¿Dormiría un poco si le dejo solo?

El anciano la miró amorosamente y poniendo en sus palabras el mayor tono de dulzura, le agradeció

aquella demostración de cariño diciéndole:

—Has sido muy buena con este pobre viejo, Elena... ¡Qué buena muchacha eres!

Elena estuvo a punto de protestar. Su conciencia se rebelaba en aquel instante al oír los elogios que de ella hacía el Patriarca y sintió deseos de confesarle toda la verdad. Mas cuando sus labios iban a decir la palabra decisiva un pensamiento la hizo callar. Temió porque aquella confesión pudiera robarle el amor del viejo, que pudiera quitarle aquel cariño que ella estimaba tanto como su propia vida y guardó silencio para seguir disfrutando de su confianza, no para engañarle, sino para seguir siendo una verdadera hija.

El Patriarca la miró como si hubiera adivinado su intención y al verla salir sonrió, como si comprendiera su pensamiento.

Al salir a la otra habitación Elena no pudo contener el llanto que le producía el aspecto abatido del Patriarca. Le quería con toda su alma, le amaba como si fuera su mismo padre y el temor a perderlo producía en ella una pena que procuraba desahogar con aquellas lágrimas, las más nobles y sinceras de toda su vida.

En aquel estado la sorprendió el «Rana» y le preguntó extrañado:

—¿Qué te pasa, Elena?

—Nada — respondió la muchacha sin querer descubrir el verdadero dolor que la hacía llorar.

—¿Nada y estás llorando como una chiquilla?—preguntó extrañado Miguel.

—Es por él—confesó la muchacha—. Está muy mal y temo que muera. He llegado a quererle de verdad, daría mi vida por salvarlo.

Miguel sonrió y le dijo cariñosamente:

—Lo tomas muy a pecho muchacha... ¿Dónde está el viejo?

Elena señaló para su cuarto y Miguel exclamó:

—Voy a verlo. Tengo ganas de charlar un rato con él. Cuando estoy a su lado me parece que no he sido malo nunca.

—Eso es lo que nos ha pasado a todos—respondió Elena—. Ha ganado nuestros corazones con sus cariños y ha moldeado nuestras almas haciéndonos odiar el mal.

Miguel sin prestar atención a las

palabras de la joven entró quedamente a la habitación del Patriarca y éste sin abrir los ojos, exclamó débilmente:

—Estoy muy cansado, Miguel.

—¡Miguel! — murmuró emocionado el «Rana»—. Hacía ya mucho tiempo que no me había sentido llamar por mi nombre.

Se acercó al anciano y poniendo en sus palabras todo el cariño que podía expresar un hombre como él le preguntó:

—Sí, Miguel—respondió el Patriarca—. Soy muy viejo y siento que la muerte se acerca en mi busca.

—No lo crea—respondió Miguel, procurando dar a sus palabras la mayor alegría posible para animarlo—. Todavía tenemos que dar muchos paseos juntos... ¿Ha cenado ya?

—No—respondió el Patriarca—. No debe ser hora cuando Elena no me la ha traído.

—Pues yo mismo voy a calentársela y a traérsela. Hoy tendrá usted un cocinero. Vuelvo en seguida.

LA TERQUEDAD DE JUAN

Juan, una vez hubo terminado su arreglo personal se dirigió directamente a casa del Patriarca para ver a Elena y la sorprendió sola en el recibidor. La muchacha al verlo corrió a abrazarlo, mientras que él le decía:

—Ya puedes felicitarme, Elena... No tardaremos mucho tiempo sin ser ricos.

Elena no le respondió. En aquellos instantes le importaba poco la riqueza y cuanto no fuera la salud del viejo. Su novio sin advertir su cambio, le dió cuenta de los planos que había traído y terminó diciéndole:

—Con estos planos no habrá ya quien dude y nuestra fortuna estará hecha dentro de poco. ¿No te alegras?

—No, Juan—exclamó ella—. No

quería decírtelo, pero es preciso que te lo confiese de una vez. Esto no puede seguir. Yo no estoy dispuesta a seguir esta farsa.

Su novio la miró extrañado y al verla llorar comprendió que también ella había claudicado como sus otros dos compañeros y le preguntó:

—Pero, ¿has perdido el juicio?

—¿Acaso lo perdió el chiquillo cuando arrojó las muletas?—exclamó Elena.

Y tratando de convencer a su novio, queriéndole atraer al buen camino, en el que ella empezaba ya a iniciarse le dijo cariñosamente:

—Juan, vuelve en ti y piensa lo que te conviene... ¿No ves lo que nos ha pasado al «Rana», a Harry y a mí? Tenemos que ser buenos.

—Sí, muy buenos y ponernos a cantar el aleluya y que nos fastidie

el que quiera como lo hace ese Roberto.

—Roberto es bueno—exclamó Elena— No tienes derecho a hablar mal de él. El Patriarca le quiere.

—¿Y qué me importa a mí el Patriarca?—exclamó de mal humor Juan—. Lo que veo es que te ha conquistado cuando yo estaba fuera, te ha puesto un halo en la cabeza y un arpa en la mano... Déjame que me ría de esas sandeces...

Elena se abrazó a él y le dijo nuevamente, tratando de convencerle cariñosamente:

—No son sandeces, Juan. Quiero que seas bueno, que creas y tengas fe como todos nosotros. ¿Acaso no has visto tú también los milagros que hace la fe?

—Déjate de milagros y de tonterías—respondió Juan—. ¡Tú harás lo que yo quiera y lo que yo te diga!

—¿Insistes en seguir siendo malo?—preguntó ella con melancolía.

—¿Acaso es ser malo el procurarse el bienestar por los medios que tiene uno a su alcance?—preguntó Juan—. Mira, Elena, bien sabes que todo lo que hago, que todo lo que yo deseo es que tú seas feliz. Quiero que vivas con todo el lujo que te mereces y poder recrear mi vista en ti, sabiendo que yo he contribuído a hacerte dichosa.

—Pues por eso mismo—insistió ella—. Ya te digo cuál es mi dicha. Yo no quiero lujos, prefiero más vivir aquí, en una casita humilde, sintiendo la poesía del campo y la tranquilidad de nuestro alrededor, sin más murmullo que el de nuestros besos.

—¡Eso no puede ser!—exclamó Juan, molesto—. Veo que te han embaucado, pero, afortunadamente, he llegado a tiempo para librarte de ello. Tú seguirás aquí nada más que el tiempo preciso. El dinero ya está a buen recaudo, y con lo que consigamos durante los días que viva ese viejo, seremos dichosos.

—¿Por qué hablas así de él?—le reprendió Elena.

—¿Acaso no es un viejo?—preguntó, extrañado, Juan—. ¿Tampoco puedo decir que es viejo?

—En que digas que es viejo no hay ningún mal—le respondió Elena—. En lo que lo hay es en la forma de decírselo.

—Bueno, bueno—le respondió Juan—, volveré mañana, porque hoy no llegaríamos a entendernos. Te he cogido en un instante de santidad, y más vale dejar que te pase este arrechucho, si queremos hablar de lo nuestro.

Y sin despedirse siquiera de la muchacha, salió de la casa del Patriarca, cada vez más extrañado del

cambio que habían dado sus amigos y hasta la misma Elena, a quien él nunca hubiera creído capaz de dejarse convencer.

Por el camino que conducía al hotel fué meditando las palabras que le había dicho su amada, y por primera vez en su vida sintió duda de si obraría bien o mal... ¿Sería, acaso, verdad todo aquello que le decían? Desde luego, él no podía negar los milagros. El había visto, como los otros, al chiquillo arrojar sus muletas y echar a andar, había visto también a Margarita curarse, y todo aquello le hacía detenerse a consultar con su misma conciencia...

Pasaron los días, y la vida de Meadville no había cambiado en nada. La salud resentida del Patriarca seguía sobreponiéndose a los años, mientras que en el hotel todos se sentían dichosos.

Miguel, el antiguo «Rana», estaba empleado como criado y junto con Harry procuraba olvidar cuanto había sido, para no pensar más que en la tranquilidad presente de que disfrutaban.

Una mañana estaba Miguel ordeñando la vaca del hotel, cuando se le acercó Harry diciéndole:

—Te advierto que no hay ni una gota de leche para los helados.

—Ni la habrá—respondió Miguel.

—¿Por qué?—preguntó Harry, sorprendido.

—Porque hoy el que quiera refrescarse tendrá que beber zarzaparrilla.

—¿Quieres decirme por qué, de una vez?—inquirió, nerviosamente, Harry.

—Pues porque la leche que hay la necesito para el Patriarca. No vamos a dejarlo sin leche porque a los huéspedes se les antoje tomar helado.

—Llevas razón—exclamó Harry.—Antes es él que nadie. ¿Y qué te dijo el Patriarca cuando le llevaste la leche por primera vez?

—Pues la miró sonriendo—respondió Miguel— y exclamó: «¡Qué bueno y pródigo ha sido hoy ese pobre animal conmigo!»

—¿No diría eso de animal por ti?—preguntó riendo Harry.

—No digas tonterías—respondió Miguel—. ¿Tú crees que el Patriarca puede ofender a nadie? Claro que si él me llamara animal sería muy mala señal, porque sería una razón para que yo me convenciera de que soy muy bruto.

Los dos amigos callaron un instante, con el pensamiento puesto en la venerable figura del anciano, hasta que Harry preguntó de nuevo:

—¿Has visto a Elena?

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?
—inquirió Miguel.

—Porque me parece que Juan está perdiendo terreno en el corazón de ella. Elena nunca se casará con un hombre de las ideas de Juan.

—También lo creo yo así. Además, todos los días sale con Roberto. Hoy mismo ha salido con él a dar un paseo en su yate.

—Pues cuando vaya esta tarde Juan a verla y no la encuentre, se pondrá furioso—exclamó Harry.

—Yo creo—le dijo en voz baja Miguel, como si temiera que alguien pudiera oírlo—que Juan se va dando ya cuenta del desvío de Elena.

—No lo creo—le contestó Harry.

—Si Juan sospechara algo, sería fatal para el pobre Roberto. Estoy seguro de que lo mataría. ¿Te acuerdas lo que hizo con Nikki?

—Aquel era otro caso. Nikki era un bandido, y por eso no le importó arrojarlo por la escalera...

—Lo mismo haría ahora Yo sé que Juan está enamorado de Elena y que por nada del mundo dejará que se la quiten.

Miguel había terminado de ordeñar la vaca, y con el cántaro de leche entró nuevamente en el hotel, mientras que Harry iba a dar algunas órdenes para que todo estuviese a punto, ya que Higgins, tal confianza tenía en él, que apenas si se cuidaba del negocio.

SORPRENDIDOS POR LA TEMPESTAD

Como había dicho Miguel, aquella tarde, cuando Roberto fué a buscar a la joven, le propuso dar un paseo en su yate, y Elena, sin temer nada del que consideraba como un amigo leal y sincero, aceptó el ofrecimiento.

Durante toda la tarde habían tenido un tiempo espléndido y se habían alejado algo de la costa, sintiéndose los dos muchachos felices en aquella soledad del mar. Jugaban como dos chiguillos, sin que por sus mentes pasara el menor pensamiento pecaminoso, hasta que finalmente, Elena, dándose cuenta de lo avanzado de la hora, le dijo a su compañero:

—Es necesario que volvamos.

—Como usted quiera, Elena—

respondió Roberto, agarrándose a los amarres de la vela al mismo tiempo que le decía a la joven—
Voy a virar, tenga cuidado, no vaya a recibir un golpe.

Elena se arrojó sobre la toldilla de mando, lo mismo que hizo Roberto, y las caras de los muchachos estuvieron unos instantes casi pegadas. El sintió el deseo de besar aquel rostro tan amado, pero pronto desistió de ello, al pensar en la confianza que Elena había depositado en él.

Al poco de emprender el regreso, la mar empezó a levantarse y las olas amenazaron con hacer naufragar la débil embarcación.

—¡Se nos ha echado encima la borrasca!—exclamó alarmado Ro-

berto—. Lo mejor que podemos hacer es guarecernos en la cueva del Pescador. Allí estaremos seguros.

Y haciendo dar un pequeño viraje a la lancha, enfiló a la cueva del Pescador, para esperar que la mar amainara y poder dirigirse otra vez a la costa.

Mientras tanto, Juan había ido en busca de Elena y no encontró en la casa del Patriarca más que a Miguel, a quien le preguntó:

—¿Dónde está Elena?

—No chilles—exclamó Miguel imponiéndole silencio.

—¿Por qué?—preguntó Juan, bajando la voz—. ¿Qué pasa?

—Que el Patriarca está durmiendo como si fuera un chiquillo y no se le puede despertar. Este sueño le hará mucho bien. ¿Quieres entrar a verlo?

—No—contestó, de mal talante, Juan—. Esperaré aquí a Elena. ¿Tú sabes dónde ha ido?

—Salió con Roberto a dar un paseo en su yate—le dijo Miguel.

—¿Con Roberto?... Ya me va cansando a mí esa dulce amistad con Roberto. No puedo consentirlo más tiempo.

—No seas así, hombre—le dijo Miguel, con cierto aire burlón—. Elena es buena y Roberto no es malo... ¿Por qué te extraña que sean buenos amigos?

Juan adivinó en las palabras de su antiguo compañero cierta reminiscencia, y sin poder contener su primer impulso, le dió un puñetazo que lo arrojó al suelo, diciéndole al mismo tiempo:

—Para que te calles la boca y sepas, antes de hablar, lo que dices.

Miguel, en vez de levantarse y agredirle, se llevó la mano al sitio donde había recibido el puñetazo y exclamó, sin el menor asomo de odio:

—Siempre seremos amigos, Juan. No me defenderé contra tu agresión.

Juan se paseó nerviosamente por la estancia, y, comprendiendo que estaba solo, completamente separado de sus amigos, se lamentó diciendo:

—¿Por qué se van todos?... ¿Por qué me dejáis solo?

—No nos vamos, Juan—le dijo Miguel—. Ahora es cuando estamos más cerca de ti, cuando somos más amigos tuyos... Piensa en nosotros y piensa también cuál es el camino que te conviene seguir...

Juan lo miraba, cada vez más extrañado. ¿Sería posible que aquel anciano, con la sola fuerza de su palabra, hubiera podido cambiar de tal forma el corazón de los antiguos rateros?

Miguel seguía mirándolo compasi-

vamente, y al advertirlo Juan, le preguntó iritado:

—¿Por qué me miras así?... ¿Te causo, acaso, lástima?...

—Sí, Juan—respondió el «Rana».

—Te quiero como un buen amigo, y me duele que no sepas buscar la felicidad donde verdaderamente puedes encontrarla. ¿Has visto a Harry?

—¡Ese está tan loco como tú!—exclamó Juan.

—No está loco, no—le contestó su amigo—. Nunca ha estado más cuerdo que ahora, ni nunca ha sido tan feliz como lo es en estos momentos. Tiene cuanto puede ambicionar un hombre. Una posición honrada ganada con el sudor de su frente y un corazón de mujer que le ama por él mismo. Betty será feliz con él, como él lo será con ella. Han llegado a comprenderse y por eso encontrarán la dicha que buscan... ¿Quieres que te dé un consejo de amigo?

Juan se encogió de hombros, como indicándole que lo mismo le daba, pero, así y todo, Miguel siguió diciéndole:

—Tú amas a Elena, ¿verdad que la amas mucho?

Juan se le quedó mirando fijamente, sin poder comprender las palabras del «Rana», y, a su vez, exclamó:

—Eso demasiado lo sabes. Muchas veces os he dicho que el hombre que se acerque a Elena tendrá antes que quitarme a mí de en medio.

—Bien—volvió a decirle Miguel.—Yo sé que Elena también te quiere a ti. Pero así como antes estabais unidos por unos mismos sentimientos, ahora esos sentimientos os van alejando al uno del otro. Elena ya no es la muchacha que tú conociste, ya no es aquella mujer que se prestaba a todas las combinaciones para robar una cartera o sacar unos cuantos dólares al primero que se presentaba. Elena ha cambiado, y su corazón rechaza ahora todos aquellos procedimientos. Cree en Dios y en su bondad y siente que tú no puedas compartir con ella sus mismos sentimientos. Abandona la vida de ratero y verás a Elena volver a ti tan enamorada y sumisa como antes.

Juan no podía comprender toda la verdad que encerraban aquellas palabras, y deseando terminar una conversación que resultaba enojosa, hizo un gesto despectivo y salió de aquella casa, en donde el aire parecía ahogarle.

Una vez en la puerta, se volvió hacia el «Rana» y le dijo:

—Yo me voy ahora, pero mañana

na veremos si Elena me quiere o no...

Roberto y Elena habían conseguido llegar a la cueva del Pescador y desembarcaron allí, para esperar que la borrasca amainase. Mas la luz del día iba debilitándose sin que el mar ofreciera el aspecto de mejorar.

Elena miraba ansiosamente hacia las olas que el viento levantaba y comprendía que el lanzarse en tales circunstancias a ganar la costa era una temeridad, exponiéndose a una muerte segura.

Por otra parte, la idea de pasar toda la noche fuera de su casa la inquietaba, más que por ella misma, por lo que el Patriarca pudiera pensar y por las consecuencias que pudiera traer consigo cuando Juan se enterase.

Estaba arrepentida de haber emprendido aquel paseo cuyo final preveía desastroso y, demostrando su nerviosidad, le preguntó a Roberto:

—¿Cree usted que podremos volver esta noche a casa?

—Lo veo difícil—respondió Roberto—. ¿Está usted intranquila?

—Temo por mi tío—respondió la joven—. Cuando vea que no he ido en toda la noche, no sé lo que va a pensar.

—El Patriarca no puede pensar

más que la verdad, y cuando se lo contemos, quedará convencido—le aseguró Roberto—. ¿Quién sería capaz de dudar de una mujer como usted?

—Cualquiera que supiese que había pasado la noche fuera de mi casa y en compañía de un hombre—respondió Elena.

—Pero ha de tener en cuenta que ese hombre la ama, Elena, y que jamás sería capaz de causarle la menor ofensa.

—Lo sé—respondió Elena—, y por eso precisamente he aceptado sus invitaciones a estos paseos... ¿Cree que si no hubiera tenido esa seguridad me hubiera dejado acompañar por usted?

Roberto se la quedó mirando fijamente y, acercándose a donde estaba la joven, le preguntó:

—Elena, ¿se acuerda usted de lo que le dije? ¿Recuerda que le expresé mi deseo de que fuera usted mi esposa?... ¿No ha cambiado todavía de pensamiento?

—No—respondió con energía la muchacha—. No he cambiado, ni cambiaré nunca. Yo soy una de esas mujeres que aman una sola vez en la vida, y todo mi amor le pertenece a Juan. Siento haber despertado en usted ese sentimiento al que jamás podré corresponder, pero tal vez la ausencia le haga que me

olvide, y entonces encontrará otra mujer que le pueda ofrecer lo que yo no puedo.

—¿Y cree usted que después de haberla conocido, después de estar al lado de una mujer tan buena como usted, puede un hombre hallar otra que le parezca, por lo menos, lo mismo?

—Sí, Roberto—le respondió ella, cariñosamente—. Usted es joven y rico. Y cuando se tienen esas dos cualidades no es difícil encontrar un verdadero amor.

—Lo dudo—respondió Roberto—pero como las circunstancias obligan, yo sé también resignarme contra las contrariedades y no perder la fe que todo hombre debe conservar hasta el último instante. Este será nuestro último paseo, porque mañana me marcharé otra vez con mi hermana, abandonaré este pueblo, y lejos de aquí intentaré encontrar un consuelo.

Elena no pudo contener su emoción al oír las palabras de aquel hombre, que una vez más le demostraba la nobleza de sus sentimientos, y estrechándole afectuosamente las manos, le dijo conmovida:

—Roberto, es usted muy bueno. Créame que si yo pudiera amarle, me entregaría a usted por comple-

to, dejando que mi corazón le amase con toda la nobleza que usted se merece. Nos hemos conocido demasiado tarde para poder enmendar el rumbo que llevan nuestras vidas. Dice usted bien: hay que acatar los hechos tal y como se presentan.

Callaron durante unos segundos, y el frío de la noche hizo que Elena se estremeciera. Roberto lo advirtió y le preguntó:

—¿Tiene usted frío?

—Hace un poco—respondió sonriendo la muchacha.

El se quitó su americana e intentó abrirla con ella. Elena pretendió oponerse, diciéndole:

—Eso no. Sentiría usted frío.

—No se preocupe—respondió él.—Yo estoy acostumbrado a pasar las noches en el mar, y esto no me hará ningún daño. Abríguese y procure dormir un poco. Yo vigilaré y en cuanto el mar esté en condiciones, volveremos otra vez a casa.

Elena siguió este consejo, y poco después, dormía plenamente confiada, con la cabeza apoyada sobre Roberto, quien la miraba amorosamente con la misma devoción que se mira a un santo.

Al empezar la aurora a dibujarse por el horizonte, el mar empezó a tranquilizarse y no tardó mucho en reinar otra vez la calma. Cuando

Roberto comprendió que había llegado ya el momento de marchar, llamó a Elena y le dijo:

—Ahora podemos irnos. El mar está otra vez tranquilo.

La muchacha se dió cuenta de que era de día y exclamó, sonriendo:

—¡Parece mentira! He dormido como si hubiera estado en mi casa. ¿Y usted, Roberto?

—Yo la he estado velando—respondió él.

La ayudó a subir a la lancha y nuevamente emprendieron rumbo a la costa. La brisa de la mañana impulsaba velozmente a la frágil embarcación, y al cabo de unas horas llegaron al sitio de desembarco.

Roberto amarró la lancha, y se acercó a Elena a quien le dijo:

—La acompañaré a usted hasta la casa para decirle al Patriarca lo que nos ha ocurrido.

—No es necesario—le respondió Elena—. Será mejor que vaya yo sola. A estas horas, los campesinos pasan por aquí, y no es prudente que nos vean juntos.

—¡Bah! —exclamó Roberto—. Nadie sería capaz de dudar de usted.

—Pero no solamente es necesario ser honrada, sino que hay que parecerlo también. Le ruego que me deje ir sola.

—Como usted quiera, Elena, y puesto que ésta será nuestra despedida, le deseo que sea muy feliz con el amor de Juan.

—Gracias, Roberto—respondió ella—. Yo también deseo que encuentre usted una mujer que le haga olvidarme y que sea tan feliz con ella como usted se merece.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano y sintieron que sus corazones latían aceleradamente. El de él, por perder a la mujer a quien tanto amaba, y el de ella, al comprender que perdía a uno de sus mejores amigos.

Fueron alejándose lentamente, y hasta que Elena desapareció, Roberto no dejó de seguirla con la mirada, como si quisiera retener su imagen para todo el resto de su vida.

Más temprano que de costumbre, Juan se levantó y fué a casa del Patriarca para ver si encontraba allí a Elena. Cuando llegó, vió a varios hombres y mujeres que se marchaban y le preguntó, sorprendido, a Miguel:

—¿Por qué los echas?

—Porque me dijo el Patriarca que los despidiera.

—¿Dónde está él?—preguntóle Juan—. ¿No dices que está tan débil?

—Sí, pero así y todo, ha querido ir a la orilla del mar. Allí está rezando. Está algo intranquilo por la tardanza de Elena. No ha venido en toda la noche, y teme que le haya ocurrido algo.

—¿Que no ha venido Elena en toda la noche?—preguntó nerviosamente Juan, dejándose llevar por los celos que le producía la conducta de su novia.

Miguel asintió con la cabeza, y Juan exclamó nuevamente:

—¡Te juro que me las pagarán! ¡Conmigo no se juega tan fácilmente!

Y, cuando más excitado estaba, entró Elena de vuelta de su excursión del día anterior. Venía sola, y su novio, al verla, corrió hacia ella y la cogió brutalmente por un brazo, diciéndole:

—¿Has estado toda la noche fuera?

Elena calló sin atreverse a responder, al ver lo exaltado que estaba Juan, y éste nuevamente le dijo:

—¡Di algo!.. ¡No te calles!

—¡Suéltame me haces daño!—respondió humildemente la muchacha.

—¿Dónde está Roberto?—inquirió Juan, mirando por todas partes, como si quisiera descubrirlo con la mirada. Y, ante el silencio de ella,

insistió para que hablara, diciéndole:

—¿No me quieres responder? ¿Piensas la excusa que puedes darme? ¡Supongo que no me dirás que te has pasado toda la noche velando al viejo!

Elena, ante la actitud adoptada por su novio, comprendió que lo mejor que podía hacer en aquel momento era callar y dejar que se desahogara. Conocía el temperamento impulsivo de Juan y lo sabía capaz de cualquier tontería, llevado por los celos. Mientras tanto, Juan, mirándola burlonamente, siguió diciéndole en tono irónico:

—¿No me dijiste que teníamos que ser buenos? ¿Es ésa la bondad de que me hablabas?

La muchacha, deseando acabar cuanto antes aquella desagradable entrevista, le respondió:

—Juan, ahora estás muy excitado; cuando te calmes hablaremos mejor.

—¡Cuando me calme!... Es preciso que hablemos ahora. ¡Sé que has pasado la noche con Roberto!

—No te lo niego—respondió ella—. Quien te ha dicho eso te ha dicho la verdad.

—¿Y crees que voy a tolerarlo? ¿Qué te has creído? ¡Conmigo no se puede jugar, Elena! ¿Tú eres la muchacha buena, la que no quie-

re pecar, la que dice que tiene fe?
¡Tú eres una cualquiera!

La cogió violentamente por una muñeca, y la arrojó al suelo, hasta que un leve gemido de la muchacha le devolvió la serenidad y la soltó. Dió varios pasos por la habitación y, volviendo a encararse con Elena, siguió diciéndole:

—Aquí está la inocente sobrina del Patriarca, la que quería convertirme, la que me hablaba de la fe... ¿Fe en qué?... En ti será, porque lo que es en otra cosa, no la tienes.

En el dintel de la puerta apareció Harry, y al ver la actitud de los dos jóvenes, se acercó a Miguel y le dijo:

—Vamos a arreglar este asunto de una vez. Hay que terminar esta situación cuanto antes.

Juan, al verlo, se volvió hacia él y le dijo:

—Pasa tú también, que tenemos que hablar. Es preciso que de una vez nos pongamos de acuerdo.

—Sí, es mejor—respondió Harry.—Lo que hay que hacer es aclarar nuestras situaciones.

—Por última vez—les preguntó Juan—, ¿estáis decididos a ayudarme en el asunto?

—De ninguna forma—respondió Harry—. Yo, por mi parte, no quiero saber nada de él.

—Ni yo tampoco—respondió Miguel—. Puedes arreglártelas solo, como mejor te parezca.

—No queréis tomar parte en él, ¿verdad?

Juan miró despectivamente a Elena y le respondió burlescamente:

—Ahí tenéis quien os secunda. Esta señorita tampoco quiere tomar parte en el negocio. ¿No es verdad, Elena?

—Ya te lo he dicho—respondió, humildemente la joven—. Me repugna todo cuanto hacemos, y estoy dispuesta a ser otra mujer.

Juan miró a todos sus antiguos amigos, y al ver la actitud que habían tomado, exclamó:

—Está bien... ¿De modo que puedo considerarme solo? Pues bien; solo continuaré, aunque ahora tendré que luchar contra tres traidores que me acechan. Me iré con todo el dinero recogido hasta la fecha... que no es poco.

Pensaba que al hablarles del dinero, la avaricia de ellos se despertaría como en otros tiempos, pero también este recurso le falló, al advertir que ninguno hizo el menor gesto que contradijese sus anteriores manifestaciones. Y, desesperado por ello, salió de la casa del Patriarca, diciéndoles:

—Hasta la vista, ratas.

LOS CELOS

Todo lo podía resistir Juan, menos la idea de perder a Elena. El amor que por ella sentía era mucho más grande que su voluntad, y a medida que se iba acercando hacia el hotel, mayores eran los celos que le atormentaban.

Al encerrarse en su cuarto, su desesperación ante la soledad en que se encontraba, fué mayor, y, dejándose llevar por aquel impulso tan propio de él, abrió rápidamente una de sus maletas y extrajo de ella una pistola. Se la guardó en el bolsillo de la americana, y volvió otra vez a salir.

Iba decidido a matar a Roberto, a aquel hombre que le había robado el cariño de Elena y a lo que no estaba dispuesto a acceder. Más que el dinero, más que todo lo que pudiera tener, quería el amor de

ella, de la única mujer a quien había amado y por quien se creyó amado, hasta que aquel hombre se interpuso en su camino.

Cerró la puerta de su cuarto y cruzó un pasillo que conducía a la escalera. Al llegar a él, se dió de cara con Roberto, y su diestra buscó dentro del bolsillo la pistola que llevaba.

El otro joven, ajeno al peligro que corría, al ver a Juan, se acercó a él diciéndole:

—Le he andado buscando toda la mañana.

—¿A mí?—preguntó Juan, extrañado de que su rival le hubiera buscado.

—Sí—contestó Roberto— Tenía interés en hablar con usted. ¿Puede prestarme un momento de atención ahora?

Juan, antes de responder, dudó del partido a seguir. Creía que aquel hombre venía en son de pelea, y, por lo mismo, antes de comprometerse ante nadie, le dijo:

—¿Quiere usted que pasemos a mi habitación? Allí no habrá testigos y podremos entendernos con más facilidad.

—No tengo inconveniente—respondió Roberto—. Es un asunto que me interesa

—Lo mismo que a mí—le dijo, airadamente Juan, aun cuando Roberto no sospechó nada en aquella contestación.

Juan le sirvió de guía hasta la puerta de su cuarto, y una vez que la hubo abierto, lo invitó a pasar, diciéndole:

—Pase usted, ya hemos llegado.

—Gracias—respondió Roberto, adelantándose hasta el centro de la habitación, mientras Juan, para prepararse la retirada, cerraba la puerta con llave.

—Usted dirá por qué quería verme—le dijo Juan, sin sacar la mano del bolsillo de la pistola que empuñaba dispuesto a defenderse al menor ademán de su contrario.

—Se trata del asunto de la capilla—siguió diciéndole Roberto.

Juan creyó que sus amigos le habían descubierto y que Roberto venía a exigirle una confesión. Pero,

a pesar de sus pocos años tenía bastante experiencia de la vida para no soltar prenda antes de tiempo, y le preguntó:

—¿Usted sabe?...

—Yo lo sé todo—exclamó Roberto—. Sé que ha traído usted unos planos para empezar pronto la construcción de esa capilla, y quiero hacerle un nuevo donativo antes de marcharme. Aquí tiene usted el cheque que le prometí.

Cambió de repente el tono de Juan. Lo que él creyó en un principio que podía temer, le resultaba ser todo lo contrario, y, tomando el cheque, se lo guardó en la cartera, al mismo tiempo que le decía:

—Se lo entregaré luego a Elena, es ella la que guarda todo el dinero. ¿Cómo no se lo ha entregado a ella?

—Porque no creo que la vuelva a ver. Estoy decidido a salir inmediatamente de Meadville y no volver más.

—Es extraña su actitud—le dijo, intrigado, Juan—. En Meadville dicen que son ustedes muy buenos amigos.

—Y no le han mentado—confesó el otro—. Siempre hemos sido dos buenos amigos pero lo que yo creía que podría mantenerse en el terreno de la amistad, pronto se cambió en amor.

—¿La ama usted?... ¿Y ella?—preguntó, nerviosamente, Juan.

Roberto, que sabía el amor que Elena sentía por Juan, sonrió irónicamente y le respondió:

—En usted huelga esa pregunta. Le prometí a Elena no decir nada a nadie, pero como usted es el interesado, le diré que sé que ustedes se quieren.

—¿Se lo ha dicho Elena, acaso?

—Sí—le dijo Roberto—. Yo soy un hombre demasiado franco y que, además, sé resignarme cuando los hechos me son contrarios. Hasta ayer, creí en la posibilidad de conseguir el amor de Elena, pero hoy estoy convencido de todo lo contrario.

—Es curioso—respondió Juan con cierta burla, que no pasó inadvertida para Roberto, quien, haciendo ver que no se había dado cuenta, siguió diciéndole:

—Ayer tarde, como otras muchas, invité a Elena a dar un paseo en mi yate.

—Y ella aceptó—terminó de decir Roberto.

—Desde luego, ella aceptó. Estuvimos juntos algunas horas y cuando ya volvíamos otra vez a la costa, se desencadenó una tormenta y tuvimos que refugiarnos en la cueva del Pescador para evitar que nuestra lancha naufragase. Creímos

los dos que la borrasca tardaría poco en pasar, pero no fué así, duró toda la noche, y nuevamente le ofrecí mi mano y le rogué que fuera mi esposa. Entonces, pude darme cuenta del inmenso amor que siente por usted. Elena le ama y por nada del mundo dejaría de amarle. Así me lo dijo y así lo he creído yo también. En vista de esta declaración, que por ser hecha por Elena la creo sincera, yo ya nada tengo que hacer aquí, y me voy, dejándole a usted, mi vencedor el terreno libre.

La nobleza de Roberto no pudo menos que impresionar a Juan. El que creyó ver en aquel hombre un rival, lo consideró desde aquel instante un verdadero amigo. Sintió una viva emoción, y sin hacer nada por ocultarla, le ofreció la mano, que el otro estrechó efusivamente, diciéndole, en señal de despedida:

—Le ruego que me tenga usted al corriente de lo que aquí se haga, y si en algo puedo servirle, si necesita más dinero, o lo que sea, no dude en escribirme.

—Así lo haré—respondió Juan

—Entonces, hasta que Dios quiera—terminó diciéndole Roberto, al mismo tiempo que salía de la habitación, hasta cuya puerta le acompañó Juan para abrirla.

Al quedar solo, el ratero sintió

una gran pesadumbre, un deseo loco de llorar, como si quisiera con aquellas lágrimas obtener la tranquilidad de su espíritu, que hacía tanto tiempo que había perdido. Se culpaba a sí mismo de ser un impulsivo y de no merecer el amor de aquella muchacha. Había dudado de ella, cuando precisamente Elena le daba una muestra de cariño. Las palabras de Roberto no le dejaban lugar a dudas de que Elena seguía queriéndolo, y pensando en su actitud de aquella ma-

ñana, sintió el remordimiento que le causaba aquella acción.

Por fin, se dejó caer sobre una silla, y, ocultando su cabeza entre las manos, sostuvo una lucha intensa con sus pensamientos, queriendo arrancar de él aquellas ideas que le atormentaban. Por primera vez en su vida, los ojos del ratero se sintieron humedecidos por las lágrimas del arrepentimiento, y una luz tenue iba penetrando en su conciencia.

LA MUERTE DEL PATRIARCA

La vida del Patriarca iba extinguiéndose lentamente, como la de una lucecita que se apagaba y hacía sus últimas piruetas para mantener encendida la llama. Aquel cuerpo de hombrón iba encorvándose hacia la tierra que había de ofrecerle su último y eterno refugio, y su mirada, en aquellos instantes, adquiriría un brillo extraordinario, lo mismo que si se tratara de un vidente.

Ya hacía días que no se levantaba del sillón donde había caído postado, y los tres antiguos rateros, Elena, Miguel y Harry presentían dolorosamente el triste final de aquel ser bueno que había conseguido con su bondad y ejemplo reverdecer en sus almas el verdadero sentimiento de la fe.

La mayor parte del día la pasa-

ban al lado del enfermo quien, con una tranquilidad propia de las almas confiadas en lo Divino, esperaba con resignación el instante de abandonar este mundo para volar a otro más verdadero.

Elena, no solamente sufría por el anciano, sino que también por su amor. Juan no había vuelto a verla, y la muchacha estaba convencida de que la creía culpable y que la habría dejado para siempre.

Una mañana, al entrar Elena en el cuarto del anciano, éste la llamó débilmente diciéndole:

—Elena, siéntate junto a mí.

La muchacha se acercó tímidamente hasta donde estaba el anciano y se sentó a sus pies. El Patriarca le pasó la mano por la cabeza, acariciándola, y, al final, le dijo:

—¿Y Juan?

Elena procuró ahogar un sollozo y respondió:

—No sé, no ha venido..

—No te apures, hija mía—le dijo bondadosamente el Patriarca—. El vendrá. ¿Y los otros?

—Están afuera esperando poder entrar. Creímos que usted dormía.

El Patriarca guardó silencio unos instantes, hasta que buscó en su pecho el medallón que le había quitado a Elena, donde estaba el retrato de su hermana, y se lo devolvió diciéndole:

—Guárdalo, hija mía. Ya te dije que te lo devolvería pronto. Nadie más que tú merece llevarlo. Es para mí una reliquia de gran cariño, y solamente se la entregaría a una persona de cuya bondad y buenos sentimientos estuviese seguro. Tú eres esa persona, Elena. Cuando yo muera y me presente ante el tribunal de Dios, pediré por ti para que recompense todo el cariño que has tenido a este pobre viejo.

Elena sentía que por sus mejillas se deslizaban las lágrimas, mientras que interiormente una lucha tenaz se desarrollaba. Aquella fe que el anciano tenía en sus virtudes le hacía sentir todo el peso de su responsabilidad por el engaño en que le tenía y, sin poderse contener por más tiempo, exclamó llorando:

—¡No puedo más!... ¡Esto es

superior a mis fuerzas! Es necesario que usted sepa toda la verdad... ¡Tengo que decírselo!

Iba a hablar a confesarle todo lo que había hecho, pero el Patriarca la hizo callar, diciéndole, con igual cariño:

—No tienes que decírmelo, Elena... Lo sé todo.

—¿Que lo sabe usted?—preguntó asustada la muchacha.—¿Sabía usted quién era yo, quiénes eran mis amigos?

—Lo sé desde que llegaste.

Miguel y Harry, que habían entrado al advertir la tardanza de la joven, rodeaban cariñosamente al viejo, y, al sentir aquellas palabras, se miraron sorprendidos. Pero más que su sorpresa podía en ellos el agradecimiento y el arrepentimiento que sentían, y por lo mismo cayeron de rodillas ante él, mientras que el Patriarca les decía:

—Supe lo que os proponíais desde que llegasteis aquí, pero Dios quiso darme fuerzas y vida para que os librara del mal, y con mi fe he conseguido atraeros al buen camino, hacer de vosotros lo que erais en realidad, hombres de bien.

—Señor—murmuró conmovido, Harry—, lo somos, nunca más pecaremos.

—Es verdad lo que dices—respondió penosamente el Patriarca—.

Sois buenos, y vuestra fe os ha salvado.

Un silencio sepulcral siguió a las palabras del buen anciano. Ninguno de los que estaban a su alrededor se atrevía a interrumpirlo, en tanto que el Patriarca, con voz casi imperceptible, como si fuera un murmullo solamente, elevaba al Cielo su alma, quizá en su última plegaria.

Por fin, cuando hubo terminado, miró a Elena y le dijo:

—Tengo que esperar a Juan. El vendrá. Estoy seguro de que también Dios tocará en su alma y le hará sentir el deseo del bien.

Siguió otro pequeño intervalo de silencio, transcurrido el cual, el Patriarca volvió a decirle a la joven:

—Ve a encontrar a Juan. Espéralo como siempre, porque él viene por ti.

Elena dudó si levantarse o no, pero el Patriarca insistió nuevamente, diciéndole:

—Ve, hija mía, ve. El está al llegar en busca de ti.

Elena no quiso oponerse más al deseo del anciano y salió de la habitación, convencida de que Juan no vendría, pero su sorpresa no tuvo límites cuando vio llegar en aquel instante a su novio.

Durante todo el tiempo que había durado su ausencia, Juan había

estado luchando entre el deseo de volver a ver a Elena y arrojarle a sus pies, pidiéndole perdón, o el de huir de aquel pueblo que parecía embrujado.

Varias veces estuvo a punto de tomar el tren y marcharse, pero siempre, en el último instante, se sentía débil para realizar su propósito y continuaba allí como si una fuerza misteriosa lo retuviese.

Desde su última entrevista con Roberto no había vuelto a hablar con nadie de sus propósitos de erigir una capilla donde vivía el Patriarca; sentía casi temor de tratar de aquel asunto, y cuando veía a sus amigos procuraba rehuir su conversación, para no tener que darles explicaciones.

Sentía al mismo tiempo el deseo de ir en busca de Elena y decirle la verdad de todo, hacerle ver que había sido un loco al dudar de su amor y que volvía arrepentido y dispuesto a terminar de una vez, para poder huir juntos.

En esta disyuntiva, la misma mañana en que el Patriarca se encontraba tan mal se dirigió hacia su casa, y, al entrar, vio a Elena, que salía a recibirlo.

—¡Elena!—le dijo conmovido, sin saber otra cosa que tenderle los brazos.

—¡Juan!—respondió ella awe-

jándose en ellos sin el menor rencor por lo que entre ellos había ocurrido—. ¿Por qué has tardado tanto tiempo en venir?

—Temía que no me quisieras ver—respondió él—. Roberto me ha dicho que te has negado a ser su esposa... ¿Es cierto?

—¿Puedes dudar de mi amor?—preguntó la joven, reprochándole dulcemente

—Nunca dudaré de él, pero quisiera que me dijeras qué ocurrió aquella noche. Quiero saberlo todo para amarte más todavía.

Elena sonrió tristemente, y al fin le dijo:

Nos sorprendió una borrasca y tuvimos que guarecernos en la cueva del Pescador. Creímos que aquella misma noche podríamos volver, y, sin embargo, fué necesario que pasásemos toda la noche juntos. Roberto es un caballero y no se extralimitó lo más mínimo conmigo, solamente me dijo que me amaba y que quería ser mi esposo

—¿Y tú qué respondiste?—preguntó Juan con vivo interés.

—Yo le dije la verdad, como se la había dicho antes, y él prometió marcharse al día siguiente. Ya ves cómo lo hizo así.

—Yo creí que Roberto te interesaba.

—Nunca me interesó más que

como amigo—respondió Elena—. Roberto es bueno, pero yo quería su bondad para ti, quería que fueses como él, que tuvieses la misma fe que todos tenemos.

Juan bajó la cabeza, sin saber qué responder. Por primera vez, al suscitarse aquella conversación, el joven no se oponía. No se sentía con fuerzas para seguir negando la realidad de lo que pasaba, y Elena continuó diciéndole:

—¿Sabes por qué quiero que tengas esa fe?... Pues porque te amo, porque te quiero como a mi propia vida... Y tú también me quieres así, ¿verdad?

—Bien lo sabes que te adoro, Elena—respondió Juan.

—Pues, entonces, ¿por qué no quieres ser como nosotros? Tú eres bueno, Juan, y sólo intentas oponerte a la verdad para no darte por vencido. Doblega tu orgullo y obedece la voz de tu conciencia, como nosotros la hemos obedecido. El Patriarca lo sabe todo.

—¿Que lo sabe todo?—preguntó, alarmado, Juan—. Entonces corremos peligro, debemos huir inmediatamente.

—¿Para qué?—preguntó ella sonriendo con dulzura.

—¿Quieres, acaso, que nos cojan aquí, como ratones en una ratonera?—preguntó Juan.

—¿Y quién ha de cogernos?

—La policía—respondió Juan—. Ese hombre nos denunciará y nos hará prender.

—Nada temas—le dijo cariñosamente, Elena— Ese hombre es la bondad misma y sabía todo lo que nosotros proyectábamos desde el mismo instante en que llegué.

—¿Y ha callado?—preguntó con cierto asombro Juan—. ¿Qué fin persigue?

—El de vencer el mal que se había apoderado de nosotros, el de redimirnos y hacer que nuestras almas ganen el perdón que necesitan por sus culpas. El te espera y me hizo salir para buscarte.

Si alguna duda le quedaba a Juan de la inmensa bondad divina, acababa de desvanecerse ante la prueba que Elena le daba. La acción del Patriarca era lo más sublime que podía concebirse y, conmovido ante ella Juan reclinó la cabeza sobre el pecho y exclamó:

—Llevas razón, Elena. He sido un loco hasta ahora, pero todavía estoy a tiempo de merecer su perdón. No me he quedado ni un centavo del dinero que hemos recogido. Todo lo ingresé en los bancos, y aquí tengo los talonarios. Tómalo, para que con él podamos construir la capilla. Los planos que traje para engañar a los que dieran do-

nativos servirán para el fin que deben tener.

Elena sintió dentro de su alma una gran alegría al ver el cambio que se había operado en su novio. Esperaba aquel instante como si fuera el de mayor dicha de su vida y, al llegar éste, toda su alma se abría como una flor que quisiera extender su perfume a cuantos estuviesen junto a ella.

Desde el interior de la habitación del Patriarca, se oyó la débil voz del anciano, que había reconocido a Juan y le decía:

—Entra, Juan... Estoy esperándote.

Juan corrió al lado del Patriarca y cayó a sus pies llorando, mientras trataba de disculparse, diciéndole:

—Perdón, he sido malo pero todo lo hacía por Elena. La amo mucho.

El anciano le acarició como si fuera un niño y le dijo con voz apenas perceptible:

—Quien ama conoce a Dios, porque Dios es el amor mismo.

—Pues si amar es conocer a Dios, yo le conozco—exclamó Juan—. Le conozco y le amo porque creo en él, tengo fe en su bondad.

El Patriarca elevó sus ojos al Cielo y una sonrisa divina se dibujó en su rostro. Era aquélla la única misión que le quedaba por realizar,

se sentía orgulloso de lo que había conseguido y la íntima satisfacción que le producía la victoria obtenida sobre el mal iluminaba su rostro nimbándolo de un halo místico.

Los que le rodeaban no se atrevían a pronunciar palabra. La solemnidad del momento era tanta, que los corazones se sentían sobrecogidos por el fervor y la admiración. Poco a poco, la respiración del Patriarca iba debilitándose, el débil color de sus ojos iba amortiguándose y las alteraciones de su pecho iban adquiriendo menos movimiento.

Se advertía que el alma de aquel cuerpo estaba próxima a desprenderse de él y que el momento final no tardaría en producirse.

Elena y Juan arrodillados ante el Patriarca, se cogieron las manos como si en aquel instante supremo quisieran recibir la bendición del hombre que solamente había vivido para ejercer la bondad y unir a los seres en fraternal lazo.

El anciano haciendo un supremo esfuerzo, levantó la cabeza al Cielo y muy quedamente como si las palabras las pronunciara su corazón, en vez de los labios, murmuró místicamente:

—«Tuyo es el Reino del poder y de la gloria, Señor. Tu voluntad sea bendita y se cumpla».

Reclinó la cabeza sobre el pecho y el último suspiro salió de sus labios, mientras sus ojos quedaron fijos en Juan y Elena, como si quisiera llevarse con él al otro mundo la imagen de aquellos dos corazones que él había convertido por el milagro de la fe.

Al darse cuenta Elena de la muerte del Patriarca, se abrazó a él, lo mismo que lo hubiera hecho una hija ante el cadáver de su padre. Acerbas lágrimas de dolor corrían por sus mejillas, y sus labios besaban amorosamente la mano del anciano, como si con el calor de sus besos pudiera devolver al cuerpo del Patriarca todo el tuego de vida que le arrancaba la muerte.

Juan, pasados los primeros momentos, cogió a Elena suavemente por el talle y la levantó de su asiento, diciéndole:

—Elena, vamos de aquí. Debes ser fuerte.

La joven, sin fuerzas para contestarle, se dejó llevar hasta el recibidor, donde los siguieron los demás amigos.

Harry fué el primero en romper el silencio que los envolvía, y les dijo:

—Otra vez estamos juntos. Otra vez somos los amigos de siempre.

—Pero más fuertes que antes— exclamó Miguel— Somos más fuer-

tes porque ahora nos da valor para seguir nuestras vidas, la fe que ese santo nos infundió.

—Es verdad—respondió Juan—. Elena será la encargada de todos los fondos que se han recaudado, y en este sitio se elevará, como un tributo a Dios, la capilla que ha de servir para bendecir su nombre y que perpetúe la memoria del hombre bueno que supo dedicarle toda su vida.

Estrechó en sus brazos a Elena, y ésta, sintiendo más que nunca el

amor que profesaba a Juan, reclinó su linda cabecita en el pecho de él, al mismo tiempo que le decía:

—Juan, ahora podremos ser más felices que nunca, porque nuestro amor está santificado por nuestra redención y por la bendición del Patriarca.

Y, amorosamente enlazados, volvieron a entrar otra vez donde estaba el Patriarca, cuyo cadáver aparecía como la encarnación de un santo, que volvía a la Tierra para redimir a sus pecadores.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MRS RMENA

PORTADA A TODO COLOR

LA MRS SELEETA



PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA



Trafalgar	Corine Griffith	Catolicismo	Gustav Fröelich
Las mentiras de Nina Petrovna	Brigitte Helm	Kismet	Loretta Young
El loco cantor	Al Jonson	Cimarrón	Richard Dix
Los pecados de los padres	Emil Jannings	Dirigible	Jack Holt
El desfile del amor	Maurice Chevalier	La dama de una noche	F. Bertini
El amor y el diablo	María Corda	El teniente del amor	Gustav Fröelich
Rasputín	W. Gaidaroff	Nacida para amar	Constance Bennett
La Intrusa	G. Swanson	Aventuras de Tom Sawyer	Jackie Coogan
La Marsellesa	Laura la Plante	Marius	Pierre Fresnay
¡Me perteneces!	F. Bertini	Una mujer de experiencia	Helen Twelvetrees
La fiercilla domada	Mary-Douglas	El ángel de la noche	Nancy Carroll
El general Crack	John Barrymore	Una canción, un beso, una mujer	Gustav Fröelich
Un hombre de suerte	Roberto Rey	Una hora contigo	Maurice Chevalier
Noches de Nueva York	Norma Talmadge	Dos corazones y un latido	L. Harvey y H. Garat
La mujer en la luna	Gerda Maurus	Ronny	Kate de Nagy
El zepelín perdido	Conway Tearle	La Atlántida	Brigitte Helm
Las luces de la ciudad	Charlot	El Expres de Shanghai	Marlene Dietrich-Clive Brook
Su noche de bodas	Imperio Argentina	Cocktail de celos	C. Bennett
El embrujo de Sevilla	M. F. L. de Guevara	Un chico encantador	Henry Garat
Don Juan Diplomático	Celia Montalvan	La reina Draga	Pola Negri
La última orden	Emil Jannings	Victoria y su Húsar	I. Petrowich
Un caballero de frac	Roberto Rey	El congreso de divierte	Lillian Hervey
El comediante	Ernesto Vilches	Remordimiento	Phillips Holmes
Lo mejor es reír	Imperio Argentina	¡Que pague el diablo!	Ronald Colmen
Luces de Buenos Aires	Carlos Gardel	El ídolo	John Barrymore
Náufragos del amor	Jeanette Mac Donald	Bajo falsa bandera	Gustav Fröelich
El secretario de madame	W. Forts	Manchuria	Richard Dix
La arlesiana	José Noguera	El hombre y el monstruo	Fredrich March
Entre noche y día	E. d'Algy	Damas del presidio	Silvya Sidney
Al este de Borneo	Carles Bickfor	Esperáme	Carlos Gardel
M. (El vampiro de Düsseldorf)	Peter Lorre	Amame esta noche	Chevalier - J. Mac Donald
La dama atrevida	R. Pereda y L. Alcañiz	Un «cas» en las nubes	Billie Dove
El príncipe gondolero	Roberto Rey	La comedia de la vida (L'opéra de 4 sous)	John Boies
El teniente seductor	Chevalier	Una noche celestial	Luis Trenkel
Fatalidad	M. Dietrich	Por la libertad	Marie Glory
Los que danzan	A. Moreno	El marido de mi novia	A. Menjou
Carne de cabaret	R. Pereda-L. Tovar	Prestigio	Rolla Norman
El doctor Frankenstein	Boris Karloff	Rocamboles	René Clair
Svengali	John Barrymore	14 de Julio	
Pagada	Joan Crawford		

EDITORIAL "ALAS" Apartado de Correos 707
Valencia, 234 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones con pletas, previo envío del importe en sellos de correo Remitan cinco céntimos para el certificado Franqueo gratis.

Ediciones Biblioteca Films



la más anti-
gua novela
cinema-
tográfica



**SELECTA
A M E N A**



**AMOROSA
ARTÍSTICA**



PRECIO
1 peseta
:: tomo ::



PEDIDOS A **EDITORIAL "ALAS"** - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

UNA peseta